

COMO SE INCUBA UNA GUERRA CIVIL

Por Guillermo MEDINA

CAPITULO I

EL aire frío entra por los dos balcones abiertos de par en par en la sala, antes de sobria elegancia, donde Salvador Allende tenía su estudio, justo al lado del gran comedor del palacio de La Moneda. Entran el polvo y la lluvia de esta primavera chilena que más parece invierno. Hay desorden y destrozos en lo que fue escenario de la muerte trágica de Salvador Allende, pero las bombas y el fuego respetaron esta parte del viejo edificio construido por Joaquín Toesca. Minutos antes he tenido una entrevista con el canciller Huerta. Su despacho está en el mismo edificio de La Moneda, en la parte opuesta a la Presidencia de la República, que fue el blanco de los «Hawker-Hunter» manejados con precisión extraordinaria por los pilotos militares chilenos.

La Cancillería se ha salvado en gran parte y ya trabajan allí los funcionarios. Cuando la entrevista concluye, pido al almirante Huerta que me dejen ver el lugar donde murió Salvador Allende. Accede. Un mayor de carabineros y el jefe del Gabinete del ministro me conducen al lugar. Está extrañamente cerca. Apenas cincuenta metros de pasillos y habitaciones donde se amontonan carpetas de papeles y muebles en desorden.

Ya no está en su lugar el diván rojo donde el líder de la «vía chilena hacia el socialismo» se sentó, apoyó el mentón sobre el subfusil vertical y disparó. Una leve presión bastó para que salieran dos disparos del arma, colocada en situación de «tiro ametrallador». Justo detrás, en el muro, se ven los impactos de los dos proyectiles. Y alrededor, manchas de sangre y masa encefélica. Dos grandes jarrones de porcelana milagrosamente intactos presiden la escena, junto a un balcón abierto. Luego, en la calle, he reconocido el lugar y he visto de nuevo los balcones en el primer piso. Las gentes circulan por la acera y ni siquiera dirigen una mirada al lugar que fue último refugio y primera tumba de Salvador Allende. No sé si hay en ello ignorancia, indiferencia o, más probablemente, deseo de olvidar.

CONTRASTE DESPUES DE LA LUCHA

Todo Chile se ha puesto a olvidar. Esto es lo que parece a cualquiera que en estos instantes llegue a Santiago. El salón del viejo hotel Crillon vuelve a ser el lugar preferido para almorzar y para comerciar, para hablar de política o de negocios, para charlar simplemente, a la hora del almuerzo y de tomar «onces». Pero en las paredes exteriores están las huellas de las balas que buscaron días atrás a un francotirador. Las que acibillaron el cuarto donde me alojé e hirieron en la

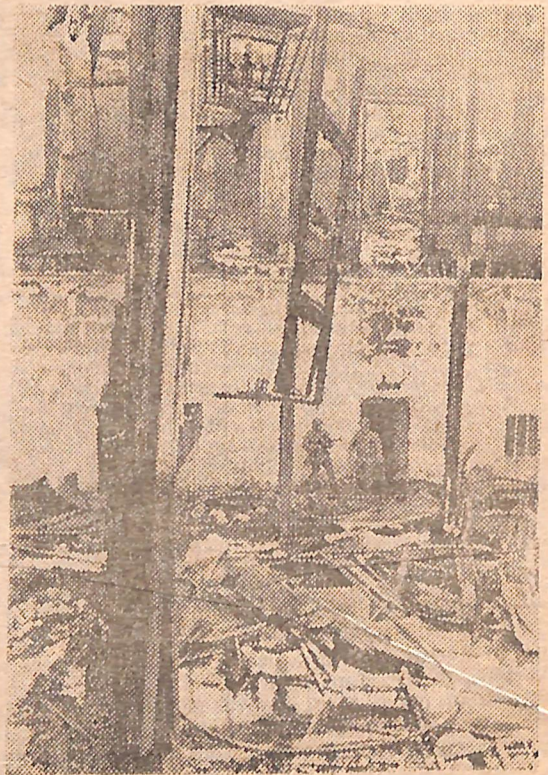
cara a una camarera que asomó la cabeza en la habitación de al lado.

Ante el Ministerio de Defensa, largas colas de hombres de todas las edades obedientes a la orden terminante de declarar y entregar las armas de fuego. Muchos de ellos son profesionales, comerciantes, propietarios, habitantes del «barrio alto» que se armaron, se organizaron en grupos de defensa por barrios y manzanas, con sus hospitales de emergencia inclusive, cuando, antes del 11 de septiembre, esperaban verse atacados en cualquier momento por los habitantes de los «cordones industriales» que rodean Santiago. Otros, temerosos de ser reconocidos, prefieren entregar sus armas a sacerdotes católicos que respetarán el anonimato.

La población civil se desarma. Pero quedan muchas armas escondidas. Suficientes para armar un

pequeño Ejército de guerrilleros que operase en todo el país. Los allanamientos de los soldados apenas han localizado una tercera parte de las armas que había antes del 11 de septiembre. Poblaciones (barrios obreros) hubo donde se encontraron dos y tres fusiles por casa. Si todas las armas que había en Chile se hubieran usado, si la eficiencia del golpe por sorpresa de los militares, unidos e implacables, no hubiera contado a su favor con el factor sorpresa, en Chile habría habido una larga, cruenta y espantosa guerra civil de incierto resultado.

El botón de muestra es ya de por sí sobrecogedor. Dos colas de personas silenciosas —ahora se dice «filas» en Chile— aguardan ante la «morgue» en Santiago. Una, la de los familiares de quienes aparecen como muertos en la lista oficial. Apenas trescientos. Otra cola, más larga, la forman quienes (Pasa a la pág. siguiente.)



Las vistas del interior del palacio de La Moneda después del bombardeo aéreo del día 11. El incendio causado por las bombas destruyó el ala del edificio dedicada a oficinas de la Presidencia de la República

CHILE: ANALISIS OBJETIVO DE UNA TRAGEDIA

(Viene de la pág. anterior.)

tienen parientes desaparecidos. A pocas «cuadras» reina el bullicio, las tiendas vuelven a tener mercancías y todo parece normal. Contrastes como estos se dan por doquier. La lucha ha cesado, se habla de reconstrucción y los chilenos han vuelto a comer carne después de meses. Pero impera el toque de queda, los edificios del centro mostrarán quién sabe durante cuánto tiempo, el recordatorio mudo de los impactos de las ametralladoras, y en pleno centro de la capital, elocuentes, las ruinas, calcinadas tras los muros agujereados por los cohetes, del palacio de La Moneda.

ODIO EN UN PAIS DIVIDIDO

Todo se normaliza. A las seis de la mañana en punto, cuando se levanta el toque de queda, millares de obreros salen de sus casas al encuentro de «las micros» que los trasladarán a la fábrica. La cotización del dólar en el «mercado negro» ha caído desde 2.500 escudos antes del 11, a 1.200 en la actualidad, y aún tiende a bajar. En la Bolsa hay movimiento. Por primera vez en tres años una empresa privada ha solicitado en el Ministerio de Economía permiso para levantar una planta de fabricación de envases. Increíble esto de los envases. En el hotel puede uno beber todas las botellas que desee del formidable «borgoña» chileno, pero no se puede comprar una botella: el «maitre» ha de devolver el vidrio vacío si desea conseguir una nueva botella llena.

Pero bajo la normalidad hay inquietud, miedo, odio y espíritu de venganza. Inquietud porque hay armas y hombres escondidos. Miedo a las delaciones, a que le encuentren a uno un libro marxista o un póster de «Che» Guevara; a que se sepa que hace algún tiempo pidió aquel carnet del partido socialista que le hacía falta a uno si quería que le renovaran la licencia del taxi o aspiraba a conservar su cargo en este o aquel Ministerio. Y odio como nunca imaginé pudiera existir en este país de gentes solidarias, racionales, amables y dulces, donde la lucha política, dura, pero democrática, siempre estaba presidida por reglas de caballería.

Ese odio fue incubándose durante tres años y estalló finalmente. Cuando los militares derribaron a Allende ya no había chilenos neutrales e imparciales. El centro político aparecía vacío y el país dividido en dos partes. Todos sabían que las diferencias se dilucidarían en una confrontación dramática y violenta, no en las urnas. Nadie esperaba que el país pudiera llegar a las elecciones de 1976.

Cada parte se preparaba a destruir a la otra. A un lado, un 60 por 100 de la población: desde el gran propietario al campesino llamado «momio» (término peyorativo referido a los terratenientes) porque posee cinco hectáreas que trabaja él con su familia, pasando por el propietario de un camión que conducía personalmente y el profesional. Al otro lado, el 40 por 100, aproximadamente: los ideólogos y doctrinarios marxistas, la nueva clase de funcionarios creada en torno a la Unidad Popular, los obreros de las fábricas estatizadas, los intelectuales de izquierda, los miles de extranjeros de izquierda expulsados o huidos de sus países: uruguayos, brasileños, bolivianos, venezolanos, argentinos, paraguayos... la flor y nata de la izquierda latinoamericana. Una mezcla heterogénea de gentes entre las que había delincuentes comunes y guerrilleros del M. I. R., oportunistas e idealistas, burócratas, demagogos y obreros convencidos de que «don Chicho» (Salvador Allende) les daría poder y bienestar.

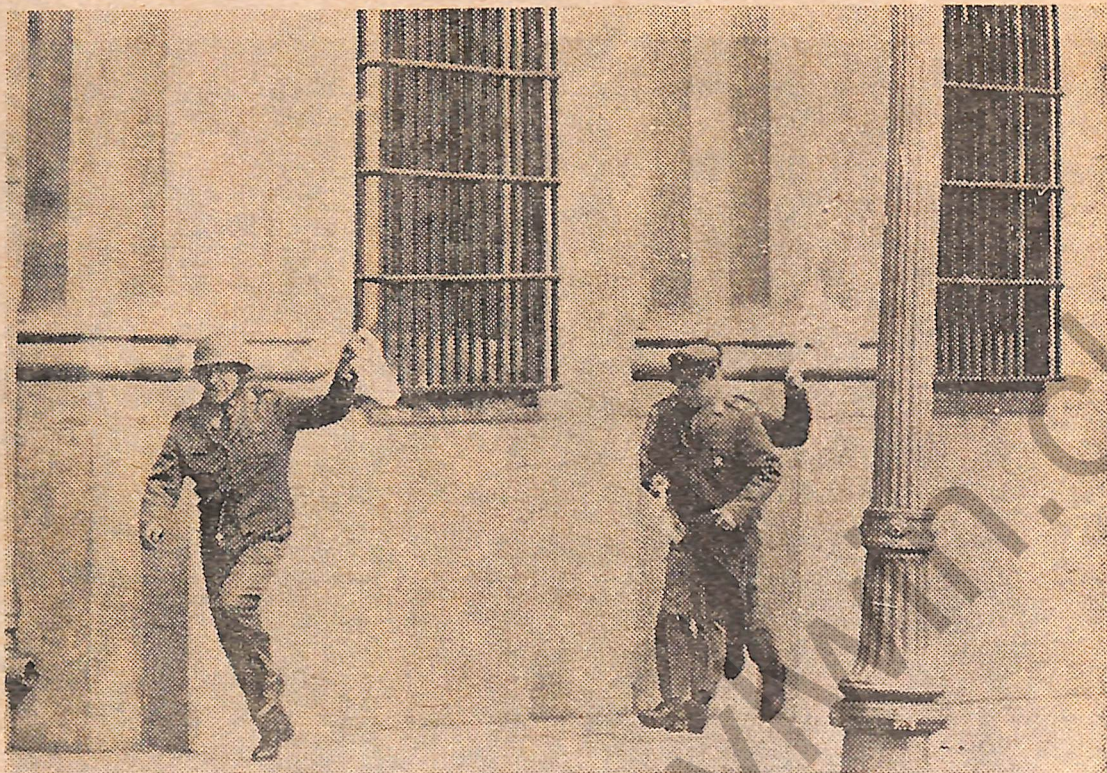
DOBLE CONTRADICCION

La violencia terminó por formar parte del proceso político chileno. La experiencia presidida por Allende comenzó como una tentativa de construir el socialismo sin pasar por los abismos de sangre, sufrimiento y privación que atravesó Cuba en la década pasada, sin el costo social de una dictadura sin libertades. Recuerdo bien —era la última vez que estuve en Chile antes de ahora— cuando en noviembre de 1971 Fidel Castro tiró de las orejas a los «miristas» durante su viaje a Chile, y revisaba, respetuoso, las tropas que le rendían honores. Desde los diarios oficiales se condenaba a quienes «creen que la revolución puede ganarse en Chile con unas cuantas metralletas y después regalársela a los obreros». Entonces escribimos en estas mismas páginas (ver INFORMACIONES del 11 de noviembre de 1971): «A la larga la visita de Castro puede agudizar las diferencias apenas ocultas entre las tesis del partido comunista chileno y las de la izquierda revolucionaria.»

Así sucedió. Se cumplía entonces el primer año, eufórico, de una revolución rápida pero incruenta, profunda pero democrática. A partir de ahí se manifestaba con toda nitidez la doble contradicción que desde entonces agravó el proceso, radicalizó las actitudes y condujo finalmente al enfrentamiento. De una parte, la contradicción entre los conductores del proceso y la oposición política. De otra, dentro ya de la Unidad Popular, entre los «moderados», principalmente comunistas, y los partidarios de la aceleración revolucionaria, los socialistas encabezados por Carlos Altamirano, el senador que no ocultaba, ya en la vigilia del golpe militar, su apoyo a los marineros que se sublevaron contra los oficiales y su oposición más radical a cualquier clase de pacto entre la Unidad Popular y la Democracia Cristiana.

«GANAR TIEMPO PARA...»

Allende no supo, no quiso o no pudo dominar la espiral que había de desviar el proceso hacia



La guardia presidencial se rinde después de defender el palacio algún tiempo. Toda resistencia resultaba ya inútil.

una confrontación dramática. Al año de su mandato los comunistas emitieron un documento del mayor valor histórico para entender la evolución de los acontecimientos en Chile. Aparecían entonces las primeras dificultades económicas serias, comenzaban a romperse los puentes con la Democracia Cristiana, cuyos votos en el Parlamento, unidos a los de la Unidad Popular, permitieron la llegada de Allende a La Moneda con el 36,3 por 100 de los electores. Entonces, el Comité Central del Partido Comunista emitió un «documento autocrítico» en el que la proposición fundamental era: «La revolución coincide en Chile durante el mandato de Salvador Allende con el programa de Gobierno.»

Era una invitación a no sobrepasar el programa político que tantos puntos de contacto tenía con el de Radomiro Tomić. Era una condena a quienes querían completar en seis años todo un ciclo revolucionario. Los «moderados» veían en la moderación la condición misma sin la cual el proceso encontraría una resistencia que acabaría por destruirlo; los radicales de la U. P. veían en esa moderación el autofreno y la autodesviación del proceso; creían que el único camino posible para alcanzar las metas revolucionarias consistía precisamente en una aceleración y profundización que eliminara de raíz cualquier núcleo de oposición.

En la práctica, se impuso la segunda tesis, aunque atemperada por la influencia del P. C. El proceso no fue entonces ni lo suficientemente gradual y moderado como para encontrar apoyo en la D. C. y las clases medias ni tan rápido como para «dar el golpe definitivo». Al final, cuando la lucha parecía inevitable, cuando la crisis se aceleró a partir del «tancazo» del 29 de junio, las dos partes sabían que ganaría el que fuese militarmente más fuerte y actuase con mayor rapidez y eficacia. Allende vivía al final con una sola preocupación: ganar tiempo, prepararse para la confrontación inevitable. En una carta fechada el 29 de julio, Fidel Castro expresaba con estas frases significativas la situación real: «Veo que están ahora en la delicada cuestión del diálogo con la D. C. En medio de acontecimientos graves... Imagino por ello la gran tensión existente y tus deseos de ganar tiempo para mejorar la correlación de fuerzas para caso que estalle la lucha...»

OPCION ENTRE DOS ESTRATEGIAS

La «correlación de fuerzas». Esto es lo que importaba al final. Allende esperaba ganar tiempo y que, mientras tanto, el general Carlos Prats sirviera, como comandante en jefe del Ejército, de «tapón» contra los oficiales partidarios del pronunciamiento. Pero la caída de Prats y su sustitución por Pinochet decidió la posición del Ejército en virtud de la doctrina de la «verticalidad del mando», que confiere un papel decisivo a los comandantes en jefe de las Fuerzas Armadas en Chile. Prats, con su sola presencia, evitaba el golpe o, caso de producirse éste, dividía a los militares y permitía que la balanza de fuerzas se inclinara a favor de la izquierda.

La experiencia de «socialismo en libertad» recorrió aceleradamente una parábola política que duró tres años. En otro capítulo intentaremos analizarla en extensión y con objetividad. Lo que importa señalar ahora es que esa parábola comenzó con la firma por Allende de un «pacto de garantías constitucionales», de respeto a la Constitución, a cambio de los votos demócratas cristianos. Siguió un año de entusiasmo revolucionario, durante el cual prácticamente se cumplió gran parte del programa propuesto por la Unidad Popular durante las elecciones. A partir de ahí se planteaba la opción entre consolidar los objetivos alcanzados, practicar una política intercla-

sista, superar los errores iniciales en la conducción económica, que desencadenaron una inflación sin precedentes y un aumento ilimitado del circulante, a la vez que sentaba las bases de la carestía de alimentos. Esta estrategia proponía una política de ancha base electoral en la que poder basar una correlación de fuerzas electorales favorables en las elecciones de 1976. Se prefirió la otra opción: dinamizar el proceso, en una especie de «fuga hacia adelante» que hiciera aquél irreversible. La consecuencia fue que la Unidad Popular ganó adhesión, en la clase obrera industrial principalmente, y consiguió que los «pobladores» de los cinturones industriales en torno a Santiago se identificaran plenamente con el proceso acelerado y su defensa. Pero que junto a ello perdiera el apoyo de la pequeña clase media y de los campesinos que cultivaban su tierra, de los profesionales; perdió la benevolencia inicial de la D. C.

PLANTEAMIENTO CLASISTA

A lo largo del segundo año de «socialismo a la chilena» la opción entre aquellas dos estrategias —entre los componentes de la U. P., sin embargo, había unidad en cuanto a los objetivos últimos— fue definiéndose en favor de la segunda, es decir, del planteamiento clasista. Ya antes de cumplir su segundo año en el Poder, Allende había expresado la tónica del proceso: «Todo el Poder para los trabajadores.» Para entonces la Unidad Popular había dejado de ser una alianza de partidos que representaba a una parte del electorado y reclamaba para sí «plena vigencia como dirección política de todo el pueblo». La oposición para ello era el poder legislativo, dominado en casi dos tercios por los partidos de oposición. Así, la profundización de la revolucionaria que había escogido como estrategia la Unidad Popular conducía necesariamente a una de estas dos salidas: ganar la mayoría parlamentaria a fin de adquirir la «legitimidad democrática» con que poder eliminar el obstáculo que esa misma legitimidad suponía para los objetivos revolucionarios; o, en segundo lugar, enfrentarse abiertamente a un Parlamento que la Unidad Popular consideraba como «expresión de una legitimidad burguesa». En noviembre de 1972 Allende había dicho en el discurso de segundo aniversario de su mandato: «Debemos redefinir totalmente la Carta Fundamental que rige nuestra vida política.» Poco antes había afirmado: «La revolución chilena se puede apartar de su camino democrático para llevarse a la práctica mediante la violencia física.» Y poco después de aquel discurso: «Si la derecha sigue con su política de provocación, la revolución chilena estará obligada a abandonar la vía democrática. Emplearemos la violencia física como instrumento.»

Llegan las elecciones parlamentarias de marzo de 1973. Se renovaba la mitad de los escaños: la última posibilidad, antes de las elecciones de 1976, de ganar las sedes de diputados y senadores suficientes para conseguir la mayoría simple que permitiera «conciliar revolución y legalidad». Rafael Gumucio, senador de la U. P. había vaticinado el futuro: «O ganamos las elecciones o debemos prepararnos a una confrontación violenta que no deseamos.» La U. P. perdió las elecciones y el país entró en la última etapa antes del 11 de septiembre. Seis meses de preparación para la guerra civil a los que dedicaremos otro capítulo.

(Continuará.)

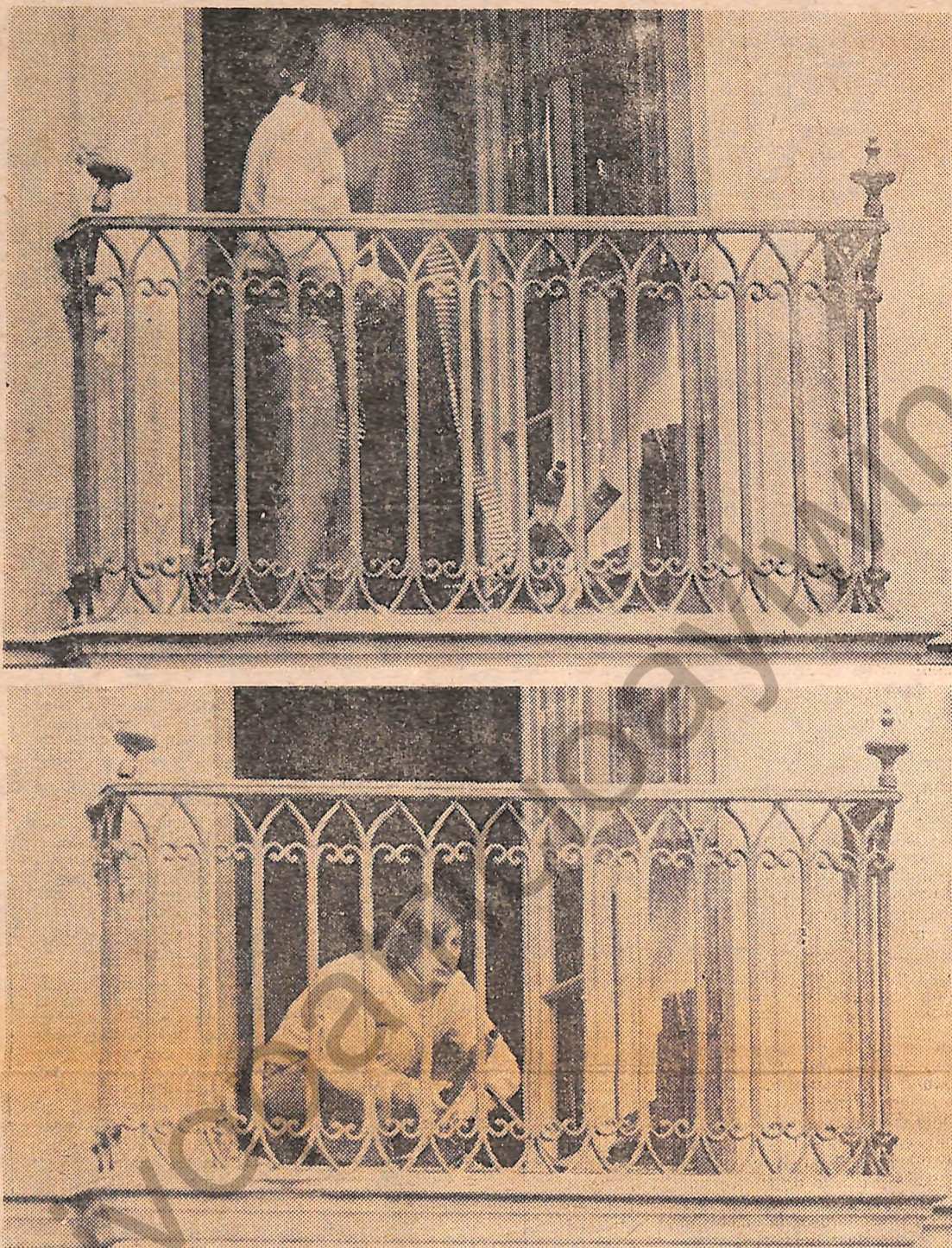
(Las fotos que ilustran este reportaje fueron realizadas por Manuel Bravo, fotógrafo del diario «La Prensa», quien ha vendido a INFORMACIONES el derecho de reproducción en España.)

Por José JIMENEZ LOZANO

pa Inocencio II crea los capellanes de la Orden y exime a ésta de las obligaciones eclesiásticas locales. En 1148, el Papa Eugenio III, a quien Bernardo de Claraval escribió las cartas contundentes y liberalísimas que se sabe, fijó el hábito de los caballeros del Temple: capa blanca y cruz encarnada. A fines del siglo XII, el Temple no goza ya del prestigio moral de que ha gozado hasta entonces, pero su importancia política se ha acentuado y forma una especie de grupo de cruzados autónomos, con sus recursos, su dinámica propia y su política exterior muy marcada.

El 17 de octubre de 1244, los Templarios, juntamente con los Hospitalarios, fueron aplastados por los mamelucos y sus aliados, y el Gran Maestro, Armand de Perigord y 300 caballeros del Temple perdieron la vida en ese combate, un combate que, por lo demás, tornaría la página de una etapa de l. Orden de los Templarios: la etapa de la aventura. La segunda etapa estaría marcada por su angustia religiosa y los terribles problemas del realismo político, y una tercera etapa comenzaría con la Cruzada de San Luis. En tiempos de Urbano IV, los problemas políticos del Papado en Europa hicieron que se volviera la vista a este continente y se abandonase el ideal de cruzada. De esta manera, eran el ideal y la misión específicos de los cruzados Templarios los que se ponían en cuarentena, y el trovador, Olivier el Templario, se hacía eco de este estado de cosas con unos acentos dramáticos, que no ahorran reproches al Papado y al mismo Dios del Cielo. «Bien loco será el que quiera luchar contra los turcos, porque Jesucristo no les escucha ya. Los turcos han vencido y vencerán, mal que me pese. Saben bien que nos rebajarán cada día, porque Dios duerme. Dios, que velaba antes, y Mahoma resplandece de poder y hace resplandecer al Sultán de Egipto. El Papa hace gran largueza de perdones a los franceses y a los provenzales que le ayudaran contra los alemanes... Nuestros legados, os lo digo en verdad, venden a Dios y su perdón por dinero.» Curiosamente sólo a la Virgen María se la ahorran imprecaciones en esta hora de angustia, en la que los Templarios no quieren o no pueden comprender que el ideal de Cruzada ya está muerto, aunque vuelva a hablarse de ellas y se organicen. En 1291 se pierde definitivamente Tierra Santa, tras la derrota de San Juan de Acre. En 1296, el Papa Bonifacio VIII entra en conflicto con el rey de Francia, Felipe el Hermoso, y, en 1298, Jacques de Molay se convierte en Gran Maestro del Temple. Ahora comprendemos muy bien que en esta tensión entre la Santa Sede y Felipe el Hermoso los Templarios serían una carta a jugar y, al final, una víctima de ese juego. En 1305, Felipe el Hermoso recibe las primeras denuncias contra los Templarios, cuyas riquezas desea, y ese mismo año se convierte él en acusador de los mismos ante el nuevo Papa, Clemente V. Al año siguiente, el rey de Francia confisca los bienes de los judíos, los tortura y los proscribió, pero a consecuencia de una reforma financiera y monetaria surge una rebelión popular que pide su cabeza y Felipe el Hermoso tiene que refugiarse en la propia casa del Temple en París. Esa casa es toda una potencia, mayor que la potencia real como se ve. Al año siguiente, el Papa anuncia a Felipe el Hermoso que se va a abrir una encuesta canónica sobre los Templarios, pero éstos parecen estar en plena amistad con el rey. El Gran Maestro, Jacques de Molay, asiste a los funerales de la mujer de Carlos de Valois, al lado de Felipe, el 12 de octubre. Pero al día siguiente, viernes 13 de octubre, a la hora del alba, los Templarios son súbitamente detenidos en toda Francia. Siete años durará el proceso, una de las piezas jurídicas más apasionantes de la historia. Y quizá también su muerte es uno de los crímenes legales más repulsivos, por lo menos antes de la aparición de los modernos totalitarismos, que los han producido en cantidades industriales y, desde luego, sin tanta preocupación por las formas.

CHILE: Análisis objetivo de una tragedia



Día 11 de septiembre, en plena lucha. Las fotos recogen la instalación de una ametralladora en uno de los balcones del palacio de La Moneda. El hombre que se ve en la foto pertenecía al Grupo de Amigos Personales, una guardia de corps formada por civiles adictos a Allende

LA DEMOCRACIA CRISTIANA, al borde de la clandestinidad

Por Guillermo MEDINA

QUIENES sintieron simpatía por la experiencia socialista chilena no deben cerrar los ojos a los errores cometidos por la Unidad Popular y que en cierto modo desvirtuaron la naturaleza democrática que tenía aquella el día que Salvador Allende subió al Poder. Quienes aceptan la intervención militar como un mal menor y la explican en función del marco existente en el momento de producirse aquella, no deben desconocer los peligros que en la actualidad se ciernen sobre la democracia en Chile, ni tampoco la dureza de la represión contra los dirigentes y defensores del régimen en anterior.

CAPITULO II

QUIENES admiran la decisión y valentía de Salvador Allende no deben desconocer su incapacidad final para controlar el proceso y resistir a quienes le pedían que incorporase a éste la violencia; su excesivo gusto por la maniobra política y su obsesión y apego a su calidad de personaje histórico. Y quienes eran enemigos políticos de Allende no debieran ahondar en su vida privada

NO HAY JUICIO GLOBAL

Analizar con objetividad lo sucedido en Chile durante los tres últimos años, particularmente desde el 11 de septiembre exige del periodista un esfuerzo sin límites. Manejar toda la documentación posible; buscar testimonios e informaciones directas en circunstancias difíciles; prescindir de sentimien-

tos personales y evitar escribir bajo el influjo de las primeras sensaciones. En el Chile de estos días es fácil dejarse arrastrar por la truculencia de los hechos y por los rumores. Primer riesgo. Es fácil hacerse eco de aquel rumor según el cual los soldados marcan con una cruz en el pecho a quienes murieron en la lucha; pero es más sensato darse una vuelta por la «morgue» e identificar la macabra «cruz» como la señal de la autopsia. En Chile se oyen frases como estas: «Nos hemos librado de una buena»; «los militares nos han salvado de una guerra civil»; uno se tropieza constantemente con gentes que gritaban de alegría el día que los militares se lanzaron a la calle. Pero esto no debe hacernos olvidar a las mujeres que visten de luto en los barrios que rodean a Santiago, a la minoría política reprimida y amedrentada descabezada y re-

(Pasa a la pág. siguiente.)

CHILE: ANALISIS OBJETIVO DE UNA TRAGEDIA

(Viene de la pág. anterior.)

ducida al silencio, pero que sigue existiendo. Segundo riesgo a evitar.

No es posible un veredicto global sobre los sucedido en Chile desde las elecciones de septiembre de 1970 hasta hoy. Tan cierto es que Allende subió al Poder en medio de la expectación y entusiasmo —frente al recelo y el odio de los menos— como que cayó en medio de la expectación y el odio —frente al entusiasmo de sus partidarios, para entonces una minoría del país—. Lo sucedido en Chile sólo puede ser analizado como un proceso dinámico y cambiante. La imagen de los primeros tiempos de Allende era muy diferente al cuadro político, económico y social del país en las semanas anteriores a la intervención militar. Esta podrá gustar o no, parecer lícita o injustificable, pero vista desde dentro de Chile, resulta políticamente explicable. Como resulta explicable, en términos doctrinales marxistas, que la U. P. persiguiera la conquista del Poder por la fuerza, desde que el fracaso en las elecciones de 1973 cerraba el paso a una «revolución en la legalidad».

Tan ingenuo sería creer que los marxistas chilenos iban a jugarse el camino andado en el veredicto de unas elecciones presidenciales de 1976, que seguramente habrían perdido frente al candidato único de una oposición mayoritaria y unida, como que los militares chilenos iban a permanecer impasibles ante la formación de un auténtico «ejército popular paralelo». En estas coordenadas era inevitable el encontronazo.

LA QUIEBRA DEL CENTRO POLITICO

«Como en las tragedias del teatro griego clásico, todos saben lo que va a ocurrir. Todos dicen no querer que ocurra. Pero cada cual hace precisamente lo necesario para que suceda la desgracia que pretende evitar.»

Las palabras de Radomiro Tomic días antes del levantamiento militar del 11 de septiembre dan idea del fatalismo con que la evolución del país conducía a una confrontación dramática. Las frases del candidato de la D. C. en las elecciones presidenciales de 1970 evidencian la quiebra del centro político chileno, ocupado por la Democracia Cristiana, un partido interclasista que reúne el 30 por 100 de los electores y es partidario de reformas profundas, pero dentro del marco democrático liberal. Esa quiebra fue la consecuencia de la bipolarización del país y permitió el desenlace final.

Tomic fue acusado durante la campaña electoral del 70 de orientar el partido demasiado a la izquierda. De confeccionar un programa político demasiado parecido al de la Unidad Popular. La derecha desconfiaba de él y presentó un candidato propio, Jorge Alessandri. Así, Allende logró alcanzar «la Moneda» con el 36,3 por 100 de los votos. Tomic se apresuró a felicitarlo. El abrazo de ambos políticos pareció entonces que sellaría una alianza entre el socialismo y la democracia, entre la clase obrera y las clases medias, entre la revolución y la libertad.

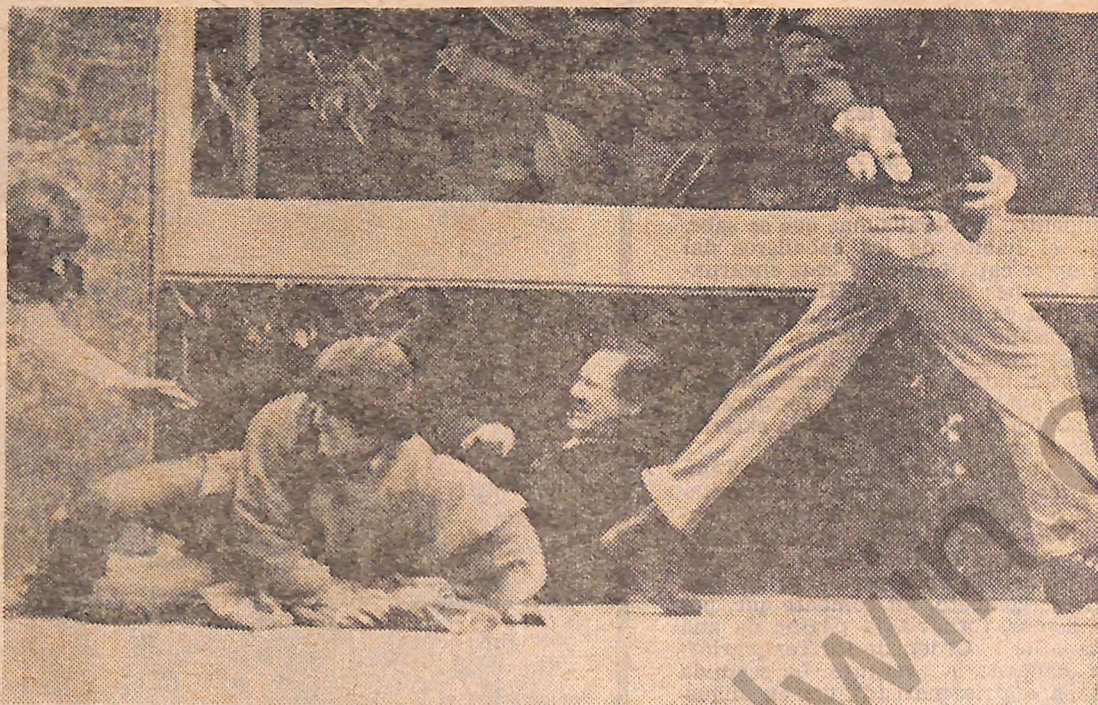
Pero la vida política chilena ha experimentado un giro copernicano desde aquel abrazo. Tomic, hoy, sigue siendo un político situado en la izquierda; insiste en sus tesis sobre la reforma de estructuras; condena abiertamente la «ruptura institucional» del día 11, pero, agrega, «no debe silenciarse que la mayor responsabilidad del desastre que se acercaba abiertamente fue debida a la falta de visión política y al sectarismo de la Unidad Popular; que no fue, sin embargo, el único responsable». «La situación anterior era insostenible. La experiencia Unidad Popular cometió errores capitales en la orientación que tomó y en la conducción política, social y económica», afirma este político que propone un «socialismo comunitario, pluralista y democrático» como alternativa frente al socialismo marxista.

LA ESCISION QUE NO LLEGO

Radomiro Tomic, con Renán Fuentealba (ex presidente del P. D. C.) y Bernardo Leighton (figura histórica del partido y una de las personalidades políticas con mayor prestigio a nivel personal), ha estado en el centro de los interrogantes sobre la actitud de la D. C. Cuando Patricio Aylwin, presidente del P. D. C., emitió una declaración, dos días después de la intervención militar, que aprobaba ésta más o menos expresamente, hubo conmoción dentro y fuera del país. Otros partidos democristianos manifestaron sorpresa, cuando no desaprobación, ante una toma de posición que parecía contradecir la trayectoria democrática de la Democracia Cristiana. Aquellos tres dirigentes encabezaron un grupo de democristianos cuya posición, expresada en un documento que no alcanzó a tener publicidad en Chile, contrastaba con la posición oficial del partido. Coincidió con ésta en cuanto a la crítica del régimen derrocado, pero al tiempo se condenaba inequívocamente la intervención militar.

El P. D. C. parecía a punto de consumir una escisión que ya existía de hecho. Se habló de expulsiones y de tribunal disciplinario. Se rumoreó —sin fundamento— que Tomic, Fuentealba y otros dirigentes habían sido detenidos... Lo cierto fue que la discusión interna dentro de la D. C. fue dura y que todo conducía entonces a la ruptura; incluso algunos militantes democristianos, principalmente obreros, habían hecho causa común con grupos de resistentes de la Unidad Popular.

Por entonces estaba en Buenos Aires, esperando poder entrar en Chile, y pude saber la opinión del propio Tomic, por medio de una conversación telefónica: «una declaración (la oficial de Aylwin)



Varios ciudadanos heridos en las piernas por disparos de francotiradores

de tales proyecciones debía haber sido el fruto de un debate interno del partido y no el resultado de una decisión unilateral, adoptada en el vértice y en circunstancias tan ajenas a la normalidad constitucional y política». Tomic, sin embargo, negaba el rumor de que abandonaría el P. D. C.

TODOS LOS POLITICOS, FUERA DE LA LEY

Lo cierto es que todo evolucionó muy rápidamente a partir del 11 de septiembre. Que los tribunales disciplinarios de la D. C. no tuvieron tiempo ni ocasión de actuar porque todos los demócratas cristianos se encontraron súbitamente con un decreto que disponía el «receso indefinido» de todos los partidos no marxistas (los de la U. P. habían sido declarados «ilegales» anteriormente).

En el momento que salió de Chile, hace tres días, el peligro de escisión de la D. C. no venía por la izquierda, sino por la derecha. El propio Tomic dice así: «La hibernación de todos los partidos políticos por tiempo indefinido tendrá por efecto acentuar la unidad interna de la D. C.». Entonces, el P. D. C. preparaba un largo «documento interno», tomando posición contra algunas medidas adoptadas por la Junta Militar, tales como el cierre del Congreso, la supresión de los sindicatos, la colocación fuera de la ley de los partidos marxistas y la probable supresión de la autonomía universitaria, y pidiendo que cese el derramamiento de sangre.

El viernes pasado, en la sede del P. D. C. había olor a papeles quemados, mientras los funcionarios del partido trasladaban archivos, y todo el ambiente recordaba la retirada, con orden pero precipitada, ante un ejército enemigo que estuviese a las puertas. La orden de desalojo había llegado ya... En los momentos en que abandonó Chile, el P.D.C. se disponía a vivir en una clandestinidad tolerada, quien sabe por cuánto tiempo. Imagen bien diferente a la que se difundió por el mundo cuando los dirigentes del partido emitieron aquella declaración de apoyo a la Junta... Quizá el lector aprecie en este contraste la rápida evolución de la situación en Chile y, por consiguiente, la dificultad de formular previsiones para el futuro.

En pocos días, la D. C. ha evolucionado hacia una difícil e incómoda posición. El ex senador Juan Hamilton, que fue el más joven ministro de Frei y ocupa hoy una posición destacada en el partido, me dijo el viernes pasado: «Si decimos públicamente lo que pensamos, el clima político se endurecerá.» La frase explica el conflicto de conciencia entre la tendencia a no manifestar una actitud de recelo a la Junta, que empujaría a ésta hacia la derecha, y el deseo de no permanecer silenciosos, apoyando tácitamente, ante una serie de medidas que hacen dudar de las intenciones de aquella acerca de la salida política de la actual situación.

Hamilton cree, como la gran mayoría de los demócratas cristianos, que «no había alternativas» a la intervención militar. «Las propuestas de la D.C. no tenían cabida en las intenciones de Allende. Este quería neutralizar a los militares manteniendo abiertas las conversaciones con la D. C., mientras ganaba tiempo para alterar la correlación de fuerzas. Los militares se movieron por motivación patriótica, bienintencionadamente, y sin duda podrán hacer cosas beneficiosas; pero todo esto está disminuido por el tono derechizante que están tomando, por la ruptura de los canales de participación.»

Muchos dirigentes democristianos confían en «la tradición de este país de resolver rupturas como la de ahora volviendo a la normalidad»; confían en que «durante ciento sesenta años como país independiente, los periodos de anormalidad constitucional no han sumado más de cinco años». Pero recelan cada vez más, me dice Hamilton, de «ciertas intenciones gremialistas que aparecen como el nuevo rostro de una derecha que incluso infunde desconfianza a la derecha tradicional y liberal. Por inquina a los partidos y para llenar el vacío político, los militares tienden a dar confianza a «gre-

mialistas independientes» que sólo en apariencia son apolíticos.»

«GOLPE BLANDO» PARA EVITAR EL OTRO

El juicio crítico de la D. C. sobre la experiencia anterior es negativo. La acusaron de estatista y de «buscar un vuelco totalitario mediante un enfrentamiento clasista y la formación de un ejército y un poder paralelos a los institucionales». Al final, rotas las esperanzas de acuerdo D. C.-Allende, combatieron duramente a la U. P. Frei y Aylwin habían exigido la promulgación por el Presidente de una ley aprobada ya por el Congreso y que definía tres áreas de la economía (estatal, social y privada); la aceptación del principio de la propiedad privada de la tierra —individual o cooperativa— para los campesinos (no latifundistas) que la trabajan; la renuncia a los «poderes paralelos», y la entrega de los altos cargos del Gobierno y la Administración a las fuerzas armadas como tales, en garantía de neutralidad.

En última instancia, la D. C. propuso salir de la crisis mediante la renuncia del Presidente y los parlamentarios y la convocatoria de nuevas elecciones con garantía de las fuerzas armadas. Se trataba del último esfuerzo por evitar el enfrentamiento cuando ya se oía el ruido de sables. Una especie de «golpe blando», puesto que unas elecciones habrían dado la victoria al candidato presidencial de la oposición unida, posiblemente el mismo Frei.

Lo que en ningún caso se plantearon los demócratas cristianos fue un régimen militar por tiempo indefinido que declara ilegales a los partidos marxistas y el «receso sine die» de todos los demás y que redactará una nueva Constitución de principios diferentes a la anterior. Una especie de «nuevo orden». Por el contrario, Patricio Aylwin afirma que «dentro de un lapso relativamente breve, alrededor de dos años, podría este país volver al cauce democrático y constitucional que corresponde a su idiosincrasia». «Pero —agrega en unas declaraciones a este cronista— reconocemos que hay peligro. Creemos que hay tendencias de extrema derecha que pueden querer utilizar esta emergencia para intentar retroceder en la historia y establecer en Chile algún modelo permanente de tipo dictatorial y reaccionario.»

Patricio Aylwin parece haber recorrido un largo trecho desde aquella declaración, el día 13, en apoyo de la Junta. Explica que no hay contradicción entre la posición de antes y las reservas actuales. En su momento «se quiso evitar» que la Junta quedara aislada políticamente, «se quiso influir» para que optara por una salida electoral y una pacificación rápidas. Que ese objetivo parecía auténtico parece deducirse de la misma posición actual de la D. C. y del interés objetivo de este partido porque se respeten unos cauces electorales en los que le va la existencia y que sin duda le serían propicios para alcanzar nuevamente el Poder. Pero el tiempo dirá si ese objetivo se conseguirá o no; en caso negativo, el P. D. C. habría pagado un alto precio en prestigio para nada.

De momento, el P. D. C. evita precipitarse. «No hay todavía antecedentes de juicio para resolver —prosigue Aylwin— si este va a ser un Gobierno de tipo gorilista o no va a serlo. Mientras podamos influir, nuestra obligación es hacerlo para evitar que sea de tipo gorilista y para que conduzca lo antes posible al restablecimiento de la normalidad constitucional.» Pero los roces son ya evidentes a propósito de la nueva Constitución anunciada por el Gobierno. Aylwin es rotundo en este punto: «El sistema constitucional no lo puede imponer ningún Gobierno, sino que sólo puede generarse por el poder constituyente que radica en el pueblo. La Democracia Cristiana no acepta dictados de nadie sobre el régimen constitucional chileno. No reconocemos a nadie fuera del pueblo la autoridad suficiente para imponerle a Chile una Constitución política.» Mientras, la Junta calla y actúa.

Los «médicos», el «remedio» y un «enfermo» llamado Chile

Por Guillermo MEDINA
CAPITULO III

EL coronel Pedro Ewing acude de uniforme a su despacho de ministro secretario general de Gobierno. Su ejemplo ha sido imitado por las secretarías del Ministerio de Defensa, que cambiaron los pantalones por la falda y la falda por el uniforme militar de campaña. El mismo atuendo, pero con pistola al cinto y camisa desabotonada, que luce el coronel, alto, delgado y de aspecto marcial. El coronel Ewing dirige su departamento con el aire de un estratega en maniobras. «Estoy ocupando este puesto —repite textualmente— como quien estaría cumpliendo una destinación en el Ejército.» Así es, sin duda. Con espíritu de entrega y servicio, sin duda. Y también con sentido de la jerarquía y la autoridad. Un coronel al frente de un regimiento no se convierte en un político civil porque de un día para otro se le ordene dirigir un ministerio. Sigue siendo un militar que opera con la lógica de un militar, y esto es lo que sucede en Chile con el Gobierno de la Junta.

Un Gobierno que no oculta desprecio y prevención contra la política y los políticos, a los que culpa de todos los males del país y de los cuales quiere «proteger» a la nación. Un alto oficial se expresó ante mí en estos términos: «Este país lo que necesita es tranquilidad, justicia y trabajo. Basta con la política, con los partidos y todo eso que tenía absorbidos a los chilenos.» Pero ustedes —dije— hacen política desde el momento en que asumen el Gobierno... «Nosotros no hacemos política. Cumplimos una misión.» ¿Y cuál es la misión? «Devolver la tranquilidad al país, hacerle progresar, realizar la justicia.» ¿Y cuándo creen que habrán cumplido esa misión?

No hay respuesta a esa pregunta... Quizá ni se ha planteado. Eso pertenece a otra fase de la «revolución nacional» militar. Primero se trataba de actuar: «O nos destruían o los destruíamos», dice el general Oscar Bonilla, ministro del Interior. ¿Y después? Después hay que gobernar y se plantea una serie interminable de interrogantes. Primero, qué hacer y cómo hacerlo. Lo último que les importa es «cuándo concluye la misión». No hay plazos. «Nos quedaremos el tiempo que sea necesario», me dijo un ministro del Gobierno, y no me cabían dudas de su sinceridad. De momento la cuestión es cómo y qué hacer para iniciar la reconstrucción de la economía nacional. Habrá que trabajar duro y apretarse el cinturón. Los militares han impartido ya la orden, con la misma tranquilidad y lógica de quien manda «formar» o «romper filas». Pero quizá les quede pasar por la experiencia de comprobar que en todo el mundo la política, el acto de hacer lo posible de la mejor manera posible, es instrumento del gobernante.

Se ha hablado de una «metamorfosis» de los militares chilenos después del 11 de septiembre. No hay tal. Al contrario. Se siguen comportando como unos militares, sólo que cambiaron el cuartel por las dependencias ministeriales. Cuando se levantaron en armas, las escaramuzas habían dado comienzo y todos estaban convencidos de que «la lucha de una parte contra la otra» era inevitable. Podrá creerse o no la versión de que la izquierda preparaba un «autogolpe» para el 17 de septiembre y que había un plan «Z» para eliminar a los jefes militares, a los empresarios y magistrados, a los políticos de la oposición. Pero la verdad es que la izquierda se armaba para la confrontación final. Lo hacía con tanta rapidez que ni siquiera estaba en condiciones, en el momento del golpe militar, de usar las armas modernas de que disponía. Y que los militares se preparaban, por su parte, desde hacía, al menos, dos meses, como escuché decir al propio general Pinochet. La toma de Santiago, eficaz y fulminante, estaba prevista minuciosamente en los planes elaborados por el Estado Mayor.

Sin duda la balanza de fuerzas era desigual. Pero, lo hemos dicho en otra ocasión, la atmósfera irrespirable de Chile en los días antes del golpe, la tensión insostenible en la que todos esperaban la señal para la guerra civil, componían un cuadro en que cabía una explicación objetiva del pronunciamiento militar. Se creía entonces que éste tendría por objetivo restablecer las condiciones para un libre y tolerante juego democrático. Que se trataba de derribar el régimen allendista para salvar un sistema. Nadie intuía que después del día 11 el proceso iniciado entonces seguiría su propia dinámica y que ésta conduce a un «nuevo orden poli-

tico» después de «eliminar hasta las profundas raíces» el régimen anterior.

DE LA POLITICA A LA MORAL

El objetivo, ahora, no es restablecer la situación previa a las circunstancias sobre las cuales se planteó la acción militar. Los jefes de la Unidad Popular están muertos, escondidos, exiliados o en espera de juicio. La primera fase de la revolución nacionalista ya ha pasado, y ésta sigue, bajo el lema de la Junta: «Orden, autoridad, jerarquía». Primero fue la represión, implacable, que el general Gustavo Leigh, comandante en jefe de la Aviación, describía el día 18 con estas palabras: «Los operativos que estamos llevando a cabo se están haciendo con dureza, y lo debemos decir con toda franqueza; hombre que dispara contra inocentes, muere, y no nos vamos a detener hasta dejar a este país limpio de estos traidores, sean extranjeros o sean chilenos.»

Para cumplir su objetivo, la Junta invita: «Ciudadano: permanece alerta para descubrir y denunciar a los extremistas». Y, más allá de los objetivos iniciales, «buscando las raíces que extirpar»: la quema de libros marxistas; las intimidaciones y la disciplina; los allanamientos de fábricas y barrios enteros; el estado de guerra interior y el estado de sitio; la censura y la propaganda insistente, incansable, martilleante, sobre una población que antes de la diez se encierra en sus casas, mientras la capital sólo es transitada por las patrullas militares nocturnas; los premios a los delatores; la búsqueda de un «sanamiento moral del país» que alcanza a las costumbres; en fin, la preocupación constante y prioritaria de la Junta por alcanzar un objetivo político: la despolitización del país, paso obligado para entronizar una nueva Constitución de perfiles aún imprecisos, pero de sentido cada día más claro.

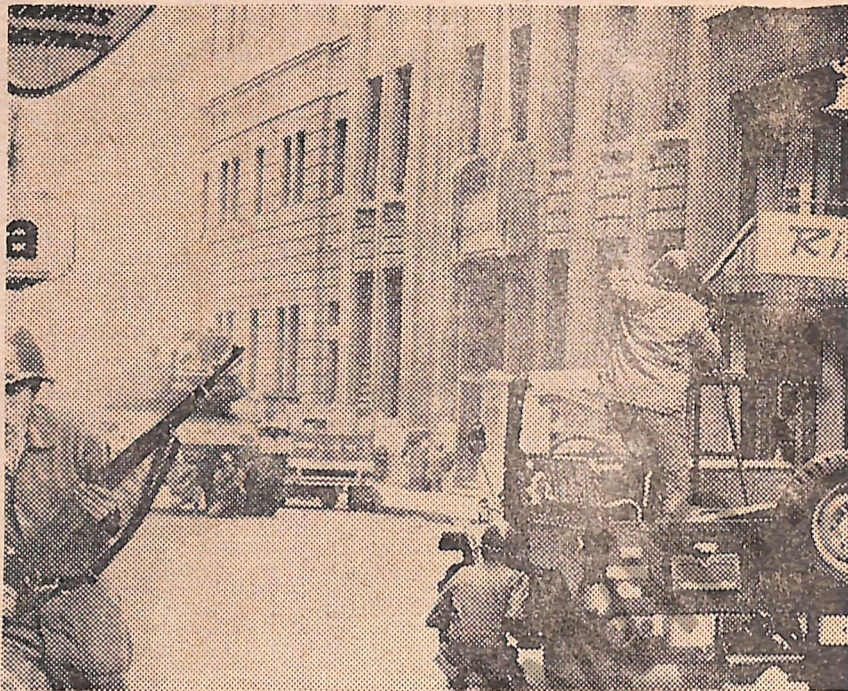
En una entrevista al diario «La Prensa», el día 19, el general Pinochet dijo: «Nosotros lo que queremos es gente apolítica, de gran capacidad técnica.» Y tres días antes: «El actual régimen es exclusivamente nacionalista y excluirá la política de sus actos.» El presidente de la Junta Militar expresa con claridad la naturaleza de su ideario político: «Pretendemos levantar a nuestra gente, encauzarla, conducirla. Todo depende del enfermo. Si el enfermo reacciona pronto, tanto mejor; si no, hay que aplicar nuevos remedios para levantarle el ánimo y curarlo» (declaraciones a «La Segunda», 25 de septiembre de 1973). Y el general Leigh, otro de los «cuadrumviro», insiste en la misma preocupación: «No es tolerable que las actividades políticas ocupen un lugar desmesurado en la vida de los ciudadanos.» «En todo caso —agrega el ministro del Interior, general Bonilla— habrá un proceso de la actividad política que eliminará los odios entre los chilenos, que es necesario extirpar. Si hubiese alguna actividad política, ella generaría inmediatamente una reacción que no podemos darnos el lujo de tener en estos momentos.»

LOS «SLOGANS» Y LAS DIFICULTADES

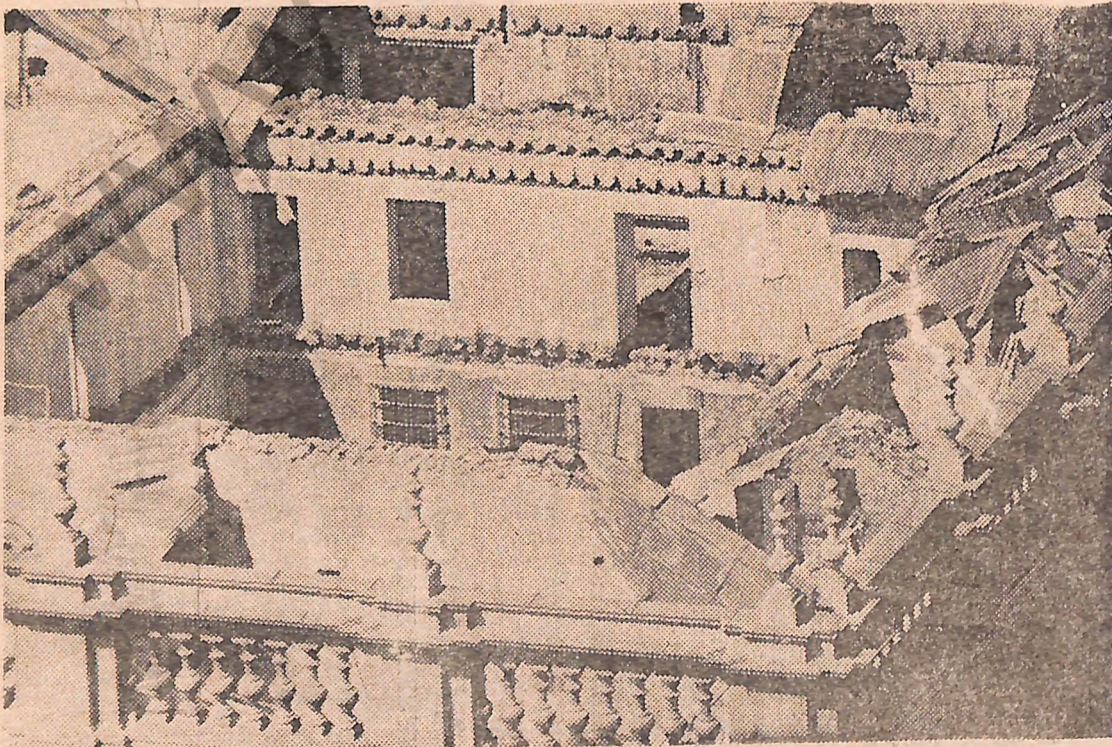
Ese odio tardará mucho tiempo en disiparse. ¿Cuánto tiempo pasará antes de que los discos de Isabel Parra vuelvan a oírse en Chile, que se pueda comprar en una librería un libro sobre el marxismo y que las películas polacas o checas vuelvan a proyectarse en los cinematógrafos? ¿Qué camino seguirá la «revolución nacional» de la Junta cuando los casi 600 coroneles y tenientes coroneles sustituyan a los generales situados hoy en la cúspide militar? No se pueden formular vaticinios sobre el futuro chileno. Pero hay una dinámica que sigue su propio curso y que hace difícil volver atrás o detenerse. Los militares quieren orden y progreso. Es posible que si esto se alcanzara mañana por arte de magia, ellos volverían a los cuarteles. Pero cumplir sus objetivos les llevará tiempo y les conducirá a emplear la dureza frente a una resistencia que no cesará de manifestarse una vez que pase esta etapa.

Los «slogans» de la Junta hablan de un «quehacer glorioso» y de un «destino de grandeza». Pro-

(Pasa a la pág. siguiente.)



«La acción militar se desarrolló con dureza», reconocen los militares. Ma no se dan imágenes como esta; ahora hay que hacer frente a los problemas políticos y económicos



«O nos destruían o los destruíamos.» En la foto, una esquina del palacio de La Moneda después del bombardeo

CHILE: ANALISIS OBJETIVO DE UNA TRAGEDIA

(Viene de la pág. anterior.)

claman: «Joven: el Chile nuevo te quiere alegre, optimista, como lo son tus mejores sueños.» Pero con «slogans» no se pone fin a la inflación del 1 por 100 diario, ni se cancela la deuda externa, ni se aumenta la productividad, ni se reduce la hostilidad internacional. La Junta pretende hacer frente simultáneamente a tres grandes desafíos: la economía, edificar un nuevo orden político y finalizar la represión. Una tarea suficiente para desgastar a cualquier equipo. Pero los militares están acostumbrados al relevo. Hay centenares de oficiales superiores en retiro, relativamente jóvenes, a causa del sistema chileno de jubilación en las fuerzas armadas, que constituyen una reserva de cargos administrativos. Y más de tres mil oficiales en los grados de comandante a teniente.

CUOTA DE SANGRE

¿Cuánto tiempo durará aún la represión? «El que sea necesario». El general Bonilla decía el día 19: «Nosotros también hemos pagado. Una ancha y roja cuota que se derrama en los hospitales y que llora en las casas de muchos de nuestros familiares, de nuestros soldados. Y sabemos que nos esperan muchas otras formas de seguir pagando esta cuota, porque estamos ciertos que en esta acción a mansalva, el francotirador fanático continuará, pero nosotros no dejaremos piedra sobre piedra hasta que...».

Aunque los oficiales circulan en Santiago sin distintivos de grado que puedan convertirlos en apetecibles blancos para los francotiradores, la situa-

ción es, bajo el punto de vista militar, menos preocupante de lo que puedan indicar aquellas palabras del ministro del Interior. Cerca de siete mil detenidos en el Estadio Nacional, en Santiago. Centenares más en la isla Quiriquina, frente a Concepción, y en la isla Dawson, en el gélido extremo austral; en el buque-escuela «Esmeralda» y en el mercante «Lebu», anclados en Valparaíso; en Pisagua, un campo aislado entre arenas desérticas y el Océano, a 200 kilómetros al norte de Valparaíso... Cualquier resistencia es suicida; pero los militares están inquietos porque las armas encontradas hasta el momento no llegan al tercio de las estimadas y porque hay centenares de dirigentes y militares de extrema izquierda que permanecen escondidos, en espera de una oportunidad para hostigar a la Junta.

¿GUERRILLA O «LUCHA DE MASAS»?

La guerrilla, sin embargo, tiene pocas posibilidades de consolidarse en una situación como la chilena. Además, Chile es una isla de hecho, con la cordillera helada gran parte del año, como barrera infranqueable; los hielos australes y el desierto de Atacama al norte. La izquierda chilena, en estos momentos, confía más en las posibilidades de una «lucha de masas» que en la guerrilla. El partido comunista dio orden de repliegue a sus partidarios desde que, tras las primeras horas de lucha, se vio que los militares actuaban unidos y con decisión. Ese repliegue ha permitido al P. C. Ch. salvar gran parte de sus cuadros y prepararse para una situación de clandestinidad como la que ya vivieron los comunistas entre 1948 y 1953. El P. C. Ch.

espera ahora organizar una huelga general, adaptar el frente de izquierdas y buscar una colaboración táctica con los demócratas cristianos descontentos, explotar las dificultades económicas y aprovechar cualquier quiebra de la unidad militar que pueda producirse en el futuro. Muchos creen en Chile que el país continúa fuertemente politizado bajo la superficie de las circunstancias actuales adversas y que los obreros industriales poseen una fuerte conciencia de clase que reaparecerá una vez que pase esta etapa. También se piensa que los militares, que no disponen de un líder único e indiscutido, podrían desgastarse en la acción de gobierno y sufrir un proceso de discusión interna y de división, semejante al que atravesaron los militares argentinos desde Onganía (junio de 1966) a Lanusse.

Pero cualquier valoración optimista de la izquierda sobre sus posibilidades inmediatas parece, hoy por hoy, infundada y prematura. Entre los militares chilenos impera el principio de la verticalidad en el mando, mientras que sus colegas y vecinos occidentales hicieron tradicionalmente de las fuerzas armadas un estamento deliberante y colegial. Esto hace muy difícil la ruptura de la pirámide militar, que a partir del día 11 se apoya en Chile en un factor de importancia psicológica y política esencial: los militares chilenos han luchado, muerto y matado juntos, es decir, hay una razón de responsabilidad y de autodefensa colectivas. Y están decididos a proseguir en un camino que para ellos es ya irreversible...

(Los anteriores artículos de esta serie se publicaron los días 2 y 4.)

BRILLANTE CEREMONIA DE CLAUSURA DEL VII CONGRESO DE LA U. E. C. BAJO LA PRESIDENCIA DEL SEÑOR SUBSECRETARIO DE COMERCIO

Los dos mil congresistas asistentes al acto mostraron su satisfacción por el desarrollo del mismo y por las conclusiones sacadas después de las intensas jornadas de trabajo

La colaboración del Instituto de Censores Jurados de Cuentas de España, con la U. E. C., será cada vez más intensa en pro de los miles de profesionales de toda Europa

Con asistencia del subsecretario de Comercio, don Federico Trenor y Trenor, quien ostentaba la representación del ministro de Comercio, don Agustín Cortuero Sendagorta, que no pudo asistir por coincidir a la misma hora el Consejo de ministros, se ha celebrado en el Palacio de Congresos y Exposiciones la solemne sesión de clausura del VII Congreso de la Unión Europea de Expertos Contables, Económicos y Financieros.

INTERVENCION DEL PROFESOR PERRIDON

Se abrió el acto interviniendo en primer lugar el secretario general de la U. E. C., profesor Perridon, quien expuso su satisfacción por el feliz desarrollo de todas y cada una de las jornadas que ha agrupado este VII Congreso, haciendo mención de los temas que en el mismo han sido tratados y de los que, a buen seguro, se desprenderán enseñanzas muy provechosas para el desarrollo de la profesión de censor jurado de cuentas.

HABLA EL PROFESOR MILLAN FERNANDEZ

El profesor Millán Fernández, presidente ejecutivo del Congreso, subrayó, en su destacada intervención, la importante labor del Policy Comitée y sus consejeros técnicos, que incide de forma tan brillante en los resultados del Congreso. Tuvo un recuerdo cariñoso para los profesores Ludewig, Lordonnois y López Moreno, quienes con singular acierto supieron plantearse magníficamente una serie de cuestiones, todas de la mayor importancia, a las que el Congreso ha dado acertada respuesta.

Con un cuadro tan completo de eficientes colabo-

radores —prosiguió el profesor Millán Fernández— el éxito del Congreso estaba asegurado de antemano, y se marca así, sin duda alguna, un importante hito en el desenvolvimiento de la U. E. C., habiéndose cubierto otra etapa en la marcha ascendente de sus preocupaciones.

«Vivimos momentos de una gran intensidad en Europa —manifestó don Wenceslao Millán—. El mundo de las ideas y de las técnicas está evolucionando a velocidad vertiginosa y tenemos que adecuar nuestra marcha. Por otra parte, cada día se estrechan más los vínculos y se cierran más las filas de los países que han de formar parte de la comunidad. Y es natural que todo ello plantee una serie de problemas nuevos que es necesario resolver. Hay que pensar que hasta ahora nuestro campo de actuación ha sido las empresas nacionales y que en el futuro tendremos que intervenir en el campo multinacional.

INTERVENCION DEL PRESIDENTE DEL CONGRESO, DOCTOR PONT MESTRES

Hizo uso de la palabra a continuación el presidente del Congreso y del Instituto de Censores Jurados de Cuentas de España, profesor don Magín Pont Mestre, quien puso de manifiesto la gran colaboración que en todo momento han prestado al Congreso los más de dos mil profesionales asistentes. Junto al aspecto científico —manifestó— hay que destacar el aspecto humano. El Congreso ha servido para conocernos mejor, para establecer relación personal entre colegas de muy diversos países, para estrechar lazos, para crear amistad y, en definitiva, para envolvernos, durante unos días, en

una atmósfera llena de satisfacciones sin fin, en el que el calor humano ha sido la nota destacada.

El Instituto de Censores Jurados de Cuentas de España —expresó el profesor Pont Mestre— agradece a todos los congresistas su asistencia, así como cuantas atenciones y colaboraciones nos han dispensado.

Sus últimas palabras fueron para destacar la acusada personalidad del doctor Rodríguez Sastre, fundador y presidente de honor del Instituto, que no existiría de no haber sido por la certera visión de este hombre, que hace ya treinta años tuvo la clarividencia necesaria para concebirlo.

BREVE INTERVENCION DEL DOCTOR RODRIGUEZ SASTRE

El eminente jurista doctor don Antonio Rodríguez Sastre, fundador y presidente de honor del Instituto de Censores Jurados de Cuentas de España, pronunció vibrantes y emotivas palabras, destacando la alta misión que desempeña en la economía de empresas y de países el censor jurado de cuentas y la creciente importancia que día en día cobra la profesión por el mundo adelante. Expresó su satisfacción por la labor que en este sentido desarrolla el Instituto e hizo votos porque cada vez sea más estrecha la colaboración con la U. E. C. en beneficio de todos.

El profesor Bossard, presidente de una de las comisiones de trabajo de la U. E. C., y el doctor Tempelaar, presidente de la U. E. C., expusieron su gran satisfacción por la brillante organización del VII Congreso y por el desarrollo que el mismo ha tenido, del que han de deri-



El eminente jurista doctor don Antonio Rodríguez Sastre, fundador y presidente de honor del Instituto de Censores Jurados de Cuentas de España, durante su brillante intervención en la solemne clausura del VII Congreso de la U. E. C. (Foto Portillo.)

vase premisas muy trascendentales que, sin duda alguna, redundarán en beneficio de la Unión Europea de Expertos Contables, Económicos y Financieros y de los profesionales de la Auditoría. Sus últimas palabras fueron de cordial felicitación para el profesor Pont Mestre, como presidente del Instituto de Censores Jurados de Cuentas de España y para todos los colegas españoles, no sólo por el éxito que el Congreso ha alcanzado, sino también por la pujanza y vitalidad de que están dotando a la profesión.

PALABRAS Y CLAUSURA A CARGO DEL SUBSECRETARIO DE COMERCIO

Finalmente, el subsecretario de Comercio, don Federico Trenor y Trenor, declaró clausurado el VII Congreso de la Unión Europea de Expertos Contables, Económicos y Financieros, agradeciendo el haber sido invitado a participar en el acto de una entidad que agrupa a más de cien mil profesionales de toda Europa y de la que es miembro fundador el Instituto de Censores Jurados de Cuentas de España. Se refirió a continuación a los tres grandes grupos de funciones y a su importancia en cualquier sistema económico bien organizado, reseñando los tres aspectos fundamentales del censor: la información, el asesora-

miento y la fiscalización y control.

«Como subsecretario de Comercio puedo asegurarles —finalizó el señor Trenor y Trenor— que las conclusiones de este Congreso serán estudiadas con atención por el departamento. Quiero transmitirles el interés que me ha manifestado el ministro de Comercio, quien ha lamentado extraordinariamente no poder presidir este acto, debido a su coincidencia con la celebración de un Consejo de ministros, por estimular al máximo la colaboración del Instituto de Censores Jurados de Cuentas de España con el Ministerio de Comercio, al objeto de contribuir de una forma destacada al desarrollo económico-financiero, en la seguridad de que tal colaboración será no sólo altamente beneficiosa para la Administración, sino, además, deseada y solicitada por el sector privado.

En nombre de S. E. el Jefe del Estado —fueron las últimas palabras del subsecretario de Comercio— y en representación del ministro de Comercio, declaro clausurado el VII Congreso de la Unión Europea de Expertos Contables, Económicos y Financieros.»

Los congresistas, puestos en pie, aplaudieron largamente la intervención del señor Trenor y Trenor, como anteriormente lo hicieron al finalizar sus destacadas intervenciones cada uno de los oradores.

Por Javier DEL AMO

bvio que escribe, en la ver-
dad, y es prueba de ello
co paisajes imperiales», que,
amos tan ciegos en general
lo que tenemos, hubiéramos
lborozados.

en su purgatorio cazador
olid (y con libros tan funda-
como «Diario de un caza-
rtín Santos, al que va dando,
de los años, trabajosamente
ia el valor que le correspon-
tos otros —más o menos ol-
en el sentido de profundo y
táneo, sincero reconocimien-
re los que está este Sánchez
que empieza a ser ya un mito
e la gente de letras. Gran-
tores que producen, trabajan,
sueñan, quizá un poco desco-
entro de las referencias usua-
que están ahí. Me propon-
ar un poco a fondo esta cri-
actual estado de cosas, qui-
uz de la psicología profunda,
esa poética perspectiva que
solitario Ramón Gómez de la
o a sus retratos, a sus sem-
quien convertía, como Rafael
Ferlosio, en oro todo lo que
ajo aquella mirada divertida,
honda, triste, frustrada, que
bre su pipa de feria madri-



(Copyright by INFORMACIONES.—Prensa Castellana. Prohibida la reproducción.)

CHILE: ANALISIS OBJETIVO DE UNA TRAGEDIA

FACTORES ECONOMICOS DE LA CRISIS CHILENA

¿Pero era necesaria tanta dureza? La respuesta que me dio un jefe militar, no exenta de cruda franqueza, revela la «lógica profesional» con que han actuado las Fuerzas Armadas de Chile. «Si hubiéramos dudado, la lucha se habría prolongado y los muertos serían muchos más.» Ahí está el edificio de La Moneda, agujereado y calcinado, como «arma de disuasión». Se me dijo que había sido bombardeado «por temor a los antitanques» y porque «había francotiradores» en los edificios de alrededor. Pero otros prefieren pensar que la aviación buscaba un «blanco ejemplar»...

«TOTALIDAD» DEL NUEVO REGIMEN

En buena fuente me dijeron que el Estado Mayor había calculado antes del 11 de septiembre que los muertos serían entre 20.000 y 25.000. La realidad está, sin duda, por debajo de esa previsión. Entre los 20.000 muertos que dicen los cálculos más alarmistas y los 476 de fuente oficial, hay ancho campo para una especulación en la que no quisiéramos caer nosotros. Cualquier cifra sería en estos momentos arbitraria, y quizá haya que renunciar a saber algún día cuántos han sido los muertos, cuántos serán aún. «Los necesarios.»

En términos políticos, la interpretación que cabe de la tremenda dureza de la represión en Chile es que ésta tenía por objeto eliminar de raíz no sólo cualquier intento de consolidación de focos de oposición armada, sino también cualquier posibilidad de oposición organizada posterior. Los soldados se dedican con verdadera entrega a buscar cualquier arma que pueda ser utilizada contra ellos, a localizar y eliminar cualquier hombre dispuesto a disparar. La dureza y el amedrentamiento de los partidarios del régimen anterior, dicen, son medios «para evitar los actos de violencia». Una técnica que comprende hoy la invitación a la delación, el precio puesto por la cabeza de casi cien dirigentes de la U. P.; en fin, las noticias, oficiales y escuetas, que no cesan de aparecer aún: en tal población «seis muertos por amenazar a los soldados», en otra, tres hombres «capturados y fusilados en el acto por disparar desde un coche en marcha»; más allá, cuatro jóvenes «abatidos cuando intentaban huir»...

Quizá lo más importante ahora, a casi un mes de distancia del 11 de septiembre, es observar que la dureza de las operaciones militares ha favorecido la marcha del proceso político en un sentido políticamente duro e irreversible. Sentido que se vislumbra en el propósito oficial de «despolitizar» el país y en la «totalidad» del campo de acción abarcado por los militares; éste se extiende de lo político a la moral y a las costumbres, de la acción de los tribunales militares a la orden imperativa de «asear y hermosear casas y edificios» de Santiago.

LA NUEVA CONSTITUCION

La Junta busca ahora consagrar en un nuevo texto constitucional sus ideas sobre cómo deben ser las reglas del juego político futuro. Pretende me dijo el ministro de Justicia, Gonzalo Prieto, en

el curso de una entrevista— «institucionalizar la participación de grupos sociales marginados, como las Fuerzas Armadas y el sector laboral, que realmente no tuvo participación durante el Gobierno de Allende». El ministro no me dio más pistas sobre el contenido de la futura Constitución que está en estudio, pero asegura que «su basamento serán los principios humanistas y cristianos».

Lo que está claro es que la nueva Constitución contendrá todas las cautelas que sus inspiradores crean necesarias para «impedir toda vuelta atrás». Una Constitución —dice el general Gustavo Leigh, jefe de la Fuerza Aérea— «que otorgue participación a todos los chilenos, en que estén los obreros, campesinos, los gremios y la mujer.» ¿Corporativismo? No faltan claras insinuaciones de altos jefes militares en este sentido. Uno de ellos me dijo: «El sistema constitucional anterior, de signo liberal, permitió que una minoría (se refiere a la que votó a Allende) dominara sobre la mayoría (la de oposición parlamentaria a Allende y a la Unión Popular).» Y otro: «Los partidos se mostraron incapaces de contener al marxismo, en tanto que los gremios supieron combatirlo con éxito (se refiere a la lucha de comerciantes, profesionales y, sobre todo, transportistas contra Allende).»

Si estas afirmaciones admirativas hacia los gremios encontraran expresión constitucional, el futuro ordenamiento sería de naturaleza corporativa. Esta tendencia cuenta con el apoyo de una «derecha corporativa» que va cristalizando con rapidez y que tiene al frente a los líderes gremiales que tan destacado papel tuvieron en el hostigamiento al régimen allendista. Tendencia que cuenta con el recelo no ya de la democracia cristiana, sino también de muchos sectores de la derecha liberal, representada por el partido nacional. Otros, como Arturo Fontaine, el influyente subdirector del diario «El Mercurio», afirman que «es prematuro formular vaticinios». «Lo del corporativismo —me dijo en el curso de una entrevista en la que se quejó del «apoyo dado por la Prensa española al régimen de Allende»— lo lanzaron algunos para intentar orientar a la Junta por ese camino.»

Lo cierto es que los nuevos dirigentes chilenos parecen tener los sentimientos más claros que las ideas y las ideas más definidas que su materialización. Aquellos sentimientos parecen ir en sentido populista y anteponer lo social a lo político, los resultados a las libertades formales. Los militares chilenos no parecen socialmente a la derecha de sus colegas peruanos y no ocultan su desprecio por los hombres de derecha que se exiliaron después de llegar Allende al Poder. Han confirmado en su situación a aquellos obreros que asumieron el control de la fábrica cuyo propietario abandonó el país. Otras veces han sustituido al interventor de la Unión Popular por el interventor de la Junta. Insisten en que «serán respetadas las conquistas sociales». Intentan, en suma, «enlazar directamente» con las clases medias a través de los gremios y prescindiendo de los partidos y con los obreros «descabalgando a los marxistas» con una política de objetivos sociales.

Los «objetivos sociales» parecen contradecirse, sin embargo, con otro de los grandes objetivos in-

mediatos de la Junta: poner en marcha la economía. El modelo de reconstrucción económica que será aplicado incluye entre sus instrumentos la congelación de las rentas salariales en una primera etapa, lo cual puede dar lugar a las primeras fricciones serias con los trabajadores industriales una vez que termine la etapa de represión.

Por el momento, se desconocen los puntos concretos del plan económico que intenta definir un equipo de treinta técnicos asesores al frente de los cuales parece que se situaría Raúl Sáez, uno de los «siete sabios» latinoamericanos, quien fue ministro de Frei y presidente de la Corporación de Fomento (Corfo) y está considerado como un partidario de la intervención del Estado en la economía. Aquel plan, sin embargo, se parecía a uno de emergencia, de posguerra, aplicado con la máxima severidad y austeridad.

El objetivo inmediato es invertir y producir más, pero evitando que se dispare la demanda y orientando buena parte de la mayor producción a la exportación. «Antes que consumir, el país debe producir y exportar», me dijo uno de aquellos asesores. Ese objetivo, a su vez, debería permitir equilibrar la balanza de pagos y levantar la «cortina del dólar» que mantiene a Chile en una relación financiera artificial con el resto del mundo. Otros objetivos del programa económico de austeridad, según el general Cano, nuevo presidente del Banco central, son: detener el proceso inflacionista; combatir la desocupación mediante la inversión, que dará lugar a nuevos empleos productivos; erradicar los focos de extrema pobreza; organizar la participación de los trabajadores en las empresas. Es decir, un programa de perfiles «clásicos» con ribetes sociales. En algunos puntos ese programa recuerda el modelo de desarrollo brasileño, con la particularidad de que en Chile el papel reservado al Estado y al área económica estatal parece que será mucho mayor, de acuerdo con la mentalidad de los militares chilenos y de una tónica ya tradicional en Chile. La Corfo continuará probablemente con el control de gran parte de sus 535 empresas, entre las cuales figuran las principales del país.

BANCARROTA Y CIFRAS ALUCINANTES

El cuadro económico chileno no deja lugar a dudas sobre la situación de quiebra del país y las duras condiciones de partida de cualquier programa que permita iniciar el desarrollo y mejorar el bienestar. El Banco central (Banco emisor) sólo tiene reservas hasta diciembre. La inflación alcanza al 350 por 100 anual, al tiempo que el circulante ha aumentado 314 por 100 en los últimos doce meses. Según la Contraloría (Tribunal de Cuentas), los bienes de la nación suman 75.283 millones de escudos, y las deudas públicas, 90.115 millones, en tanto que el déficit fiscal para 1973 rozará los 150.000 millones de escudos.

La cotización del escudo en el «mercado negro» de Santiago pasó de 20 unidades por dólar en el momento de subir Allende al Poder a 2.400 en los

(Pasa a la pág. siguiente.)

CHILE: ANALISIS OBJETIVO DE UNA TRAGEDIA

(Viene de la pag anterior)

días previos al golpe de Estado. En los dos últimos años el presupuesto ha aumentado el 420 por 100, y el déficit, el 500 por 100, sin incluir las pérdidas de las industrias estatizadas. Cifras alucinantes. La producción agraria ha descendido al nivel del año 1936, cuando los rendimientos eran inferiores y la población menor. Para el año que viene habrá que importar un millón trescientas mil toneladas de trigo, y en 1973 la necesidad estimada de productos agropecuarios alcanzará los 520 millones de dólares (la producción de los cultivos ha bajado el 22 por 100 este año), equivalentes al 53 por 100 del valor total de las exportaciones en 1972 y el 73 por 100 más que las necesidades de alimentos importados en 1972.

Ponerse en una cola, comprar un producto en el "mercado blanco" y después venderlo en el "mercado negro" había llegado a ser en Chile un "trabajo" lucrativo. El afortunado ciudadano al cual se le concedía un automóvil que cuesta 700.000 escudos, podía venderlo al poco tiempo en el "mercado negro" por dos millones, una diferencia equivalente al sueldo de un ejecutivo durante dos años... La distribución de automóviles, como la de otros productos, estaba en manos de empresas estatales de comercialización que controlaban aproximadamente la mitad del circuito de distribución.

La situación de progresivo deterioro económico se pone de relieve al comparar el crecimiento económico medio en la década de los sesenta (4,5 por 100 anual) con el 0,8 por 100 de crecimiento en 1972, sin descontar el 2 por 100 de crecimiento demográfico. En 1971 el crecimiento económico alcanzó el 5,6 por 100, pero a costa de un programa inflacionista y del aumento del gasto público que dieron origen al endeudamiento público y sentaron las bases de la situación posterior. La deuda externa —2.446 en 1970— disminuyó a 2.347 en 1971, pero aumentó a 2.991 en 1972 y a 3.443 en 1973 (estimada). Mientras, las reservas en oro y divisas pasaron desde 343 millones de dólares en 1970 a prácticamente cero en 1973.

LA POLITICA Y LA ECONOMIA

Sería injusto desconocer los factores no imputables a la Unidad Popular en el balance económico desastroso de estos años. El principal es, sin duda, la baja del precio del cobre en los mercados internacionales, ya que Chile obtiene de ese producto las dos terceras partes de sus ingresos exteriores. Pero junto a ello hay que reseñar que la mala

gestión económica y las huelgas dieron lugar a que la producción de cobre alcanzara sólo 571.000 toneladas en 1971 y 593.000 en 1972, frente a una previsión de 816.000 y 882.000 toneladas, respectivamente. En el mismo tiempo aumentaba considerablemente el número de trabajadores, de acuerdo con la política de la U. P. de eliminar el paro obrero: al no aumentar la producción y estar prácticamente congeladas las inversiones, el aumento de mano de obra era absorbido mediante la creación artificial de puestos de trabajo. Piénsese lo que significa en este sentido una política de "pleno empleo" cuando en el último año la producción industrial ha descendido alrededor del 6 por 100, la minera ha permanecido casi estancada y la agrícola ha disminuido el 22 por 100.

La crisis económica total se produjo como consecuencia de supeditar la política económica —en un marco de economía básicamente de mercado— a objetivos políticos revolucionarios. Ello dio lugar a un doble efecto cuya simultaneidad agravaba la crisis: estancamiento productivo (congelación, cuando no disminución, de la oferta) y aumento inusitado de la demanda (el Gobierno de Allende emitió 27 veces el circulante que existía al subir al Poder). El dinero ha llegado a ser un papel inservible, del que hay que manejar auténticos montones para hacer un pago relativamente alto, como la cuenta del hotel, por ejemplo. A todo eso se unía la falta de renovación de equipos y maquinaria, los problemas propios de la aplicación de una planificación socialista revolucionaria, la disciplina laboral, la falta de materias primas y piezas de repuesto... Llegó a producirse la paradójica situación de que de los 270 millones de dólares en créditos concedidos a Chile por los países socialistas, sólo se utilizaron 93, pese a que el país necesitaba de muchos bienes producidos fuera. Pero sucedía que aquellos créditos eran "atados" y se concedían para compras de productos que Chile no necesitaba o para repuestos y maquinaria que no correspondían a los usados en Chile, de origen occidental, y cuya sustitución implicaba costoso cambio de infraestructura. La "anécdota" puede ilustrar las dificultades que, también en el aspecto de equipamiento y créditos, puede tener una experiencia de implantación del socialismo en el marco de unas estructuras básicamente capitalistas.

DOS OPCIONES

De todo lo anterior puede llegarse a la conclusión de que poco antes de la caída de Allende la

situación era tal que podía afirmarse: "La U. P. ha desquiciado la economía capitalista sin ser capaz de montar tampoco una economía distinta." La frase pertenece a un informe elaborado por el MAPU. El análisis de este partido, uno de los situados más a la izquierda dentro de la U. P., fue publicado en marzo pasado y planteaba la realidad de la crisis económica al tiempo que proponía una estrategia "revolucionaria y socialista" para salir de aquella.

El informe del MAPU decía: "Si la situación de disponibilidad de divisas es crítica y explosiva a partir de abril, lo mismo ocurre con la situación del abastecimiento. Por un lado, se espera para 1973 una disminución de la producción agrícola del 20 por 100; de la producción industrial, del 10 por 100, y un estancamiento de la producción minera. Todo ello referido a 1972. Consecuentemente, también aumentará la cesantía. Sin embargo, el problema crítico no es la producción. El punto crítico está, en cambio, en la distribución, en el extraordinario aumento de la demanda, que vuelca la distribución de los productos hacia el 'mercado negro'."

El aumento de la demanda se debería fundamentalmente, según la "tesis revolucionaria" del MAPU, al "comercio especulativo". La opción que se planteaba a la U. P. en el terreno económico radicaba, según este punto de vista, entre restablecer el equilibrio entre oferta y demanda, tratando de volver al "mercado blanco", o imponer un control estatal absoluto de la producción y el consumo. Lo primero suponía elegir el centrismo, crear las condiciones para una reactivación de la producción que terminara por alcanzar la demanda, pero que no desmantelaría completamente el sistema de mercado. Lo segundo suponía relegar los problemas de producción en beneficio de un objetivo esencial: cambiar de raíz el sistema económico. Con limitaciones y titubeos, esta última fue la estrategia que terminó por imponerse en la Unidad Popular —se correspondía, en el terreno político, con la meta de creación de "poderes políticos y militares paralelos"— y fue uno de los factores determinantes del enfrentamiento entre los sectores más radicales de la U. P. y la pequeña burguesía que aún detentaba una parte considerable de los canales de producción y comercialización.

(Los anteriores capítulos de esta serie se publicaron los días 2, 4 y 6.)

ANUNCIOS BREVES

CADA PALABRA A 4 PESETAS

ALHAJAS

JOYAS clásicas modernas. Cuberterías ocasionales. Orfebrería. Desengaño. 24

BICICLETAS

MEJORES marcas. Calma. Atocha, 98

ENSEÑANZAS

600 pesetas tres horas diarias bachillerato. Princesa, 57 Academia Amigó. 248 5' 83

TAQUIMECANOGRAFIA Princesa, 57. Academia Amigó. 248 51 83.

FOTOGRAFIA

CAMARAS, tomavistas, proyectores de cine y dispositivos Yashica, Minolta, Kodak, etc. Material fotográfico. Grandes oportunidades. Descuentos del 10 por 100 al 20 por 100. Vea nuestros escaparates. Club del Disco San Bernardo, 5 (junto Santo Domingo).

HIPOTECAS

HIPOTECAS 24 horas. Exclusivas Merino. Fuencarral, 23; Padilla, 58.

MOTOS

MEJORES marcas. Calma. Atocha, 98.

PATENTES

OFRECESE licencia explotación modelos utilidad: 119.872, por «Válvula perfeccionada para radiadores de calefacción». 121.529, por «Nuevo elemento estructural metálico». Informes, Registro Propiedad Industrial o Vicente Ochoa Lagasca, 122.

OFRECESE licencia explotación modelo utilidad 156.131, por «Espinillera perfeccionada».

Informará Registro Propiedad Industrial.

OFRECESE licencia patente 364.622, «Sistema admisión rodillo para instrumentos de rodillo y husillos rodillo en máquinas para roscado rodillos». Dirigirse Registro Propiedad Industrial.

OFRECESE licencia explotación del modelo de utilidad número 153.956, por «Perfil de sección rectangular de dos alvéolos de entradas perpendiculares parcialmente cerradas con pliegues de borde dispuestos sobre el perímetro del perfilado». Interesados, dirigirse al Registro de la Propiedad Industrial o a don Miguel Fernández-Loaysa, calle Vallehermoso, núm. 8.

OFRECESE licencia explotación patentes: 357.700, «Dispositivo enganche vehículos trenes juguete y de modelo».

290.697, «Procedimiento fabricación policloroetileno».

347.835, «Dispositivo de filtro y válvula».

312.890, «Procedimiento polimerización olefinas».

319.046, «Procedimiento oxidación hidrocarburos insaturados».

348.594, «Perfeccionamiento en el procedimiento dosificación agua gases por medio de hidrómetros electrolíticos».

348.839, «Procedimiento obtención mezcla de resinas».

349.462, «Instalación preparación soluciones acuosas de bióxido de cloro».

351.407, «Procedimiento retirada de una suspensión polímeros olefinicos desde un reactor».

351.836, «Apartado perfeccionado dosificación uno o varios elementos».

352.908, «Procedimiento polimerización etileno».

362.338, «Procedimiento polimerización y copolimerización de las olefinas».

362.482, «Procedimiento preparación poli cloruros de vinilo sobreclorados».

364.427, «Aparato determinación continuo hidrógeno presente en una mezcla de gas».

364.601, «Procedimiento preparación sólidos catalíticos constituyentes catalizadores polimerización y copolimerización de las olefinas».

302.678, «Procedimiento para polimerización y la copolimerización de las olefinas».

270.585, «Procedimiento polimerización y copolimerización de las olefinas».

306.109, «Procedimiento dispositivo torcer hilo con doble torsión».

268.689, «Procedimiento dispositivo secado continuo de material granular».

290.899, «Procedimiento purificar glicoles».

304.977, «Dispositivo fabricación continua de un hilo rizado por recalcado».

304.763, «Dispositivo hacer agujeros previos fabricación hilera para seda artificial».

242.429, «Un método preparación de un anestésico local».

306.208, «Procedimiento mejorar adherencia al caucho cordoncillo para miembros hechos de tereftalato polietilénico».

290.052, «Grupo máquinas para fabricación de caucho molido a partir de productos viejos de caucho».

352.489, «Procedimiento disolver poliácilocamidrazonas».

352.488, «Procedimiento preparación hilos o láminas polibis-(1,2,4-triazoles)».

362.483, «Procedimiento mejorar aptitud del cuero artificial para ser pegado, unido o encolado».

362.931, «Procedimiento apresto antielectrostático de fibras e hilos de poliéster o de poliamida».

292.646, «Procedimiento fabricación de cloro».

292.647, «Procedimiento fabricación cloro».

292.652, «Procedimiento estabilización hidrocarburos clorados».

305.931, «Procedimiento unión una hoja materia plástica soporte».

306.246, «Dispositivo separación automática del reborde cuello constituido por el extremo de segmento de tubo plástico».

318.262, «Procedimiento obtención silicatos aluminio».

362.023, «Procedimiento preparación materiales espumados poli (cloruro de vinilo) de poros abiertos con comportamiento hidrófilo y absorción desprendimiento reversibles de vapor de agua».

362.169, «Procedimiento para preparación polímeros copolímeros cloruro vinilo con un peso molecular reducido».

301.807, «Dispositivo mando conexión en mecanismos cambio impulsador vía hidráulico».

302.724, «Dispositivo extrusor hilatura».

338.705, «Dispositivo para extrusión en especial para hilado de masas plásticas».

364.228, «Dispositivo fabricación continua hojas o tubos flexibles sopladors».

319.674, «Procedimiento fabricación cuerpos con forma a partir tereftalato de plietileno».

334.428, «Procedimiento hilar polímeros orgánicos de alto peso molecular».

316.605, «Procedimiento producción polvos níquel».

316.606, «Procedimiento producción polvo níquel».

357.286, «Método producción de una réplica metal material fibroso».

318.143, «Procedimiento producción compuestos de Perhidro-1,2,4 tiadiazina dióxidos-(I)».

325.514, «Método producir banda que tiene una tira de material recubrimiento que sobresale más a la del material portador».

369.487, «Procedimiento producir hormigón y mortero de resistencia mejorada».

347.044, «Perfeccionamiento en la construcción termostatos empleados vehículos automóviles».

333.779, «Aparato de destilación».

333.977, «Procedimiento producir masas mortero y hormigón aglutinación hidráulica». MODELOS de utilidad números:

108.775, «Tornillo su uso con un angular ranurado».

108.774, «Elemento arriostrado para su uso con angulares ranurados».

Solicítense Registro Propiedad Industrial.

SONIDO

EQUIPO alta fidelidad, con amplificador 25 más 25 vatios. Giradiscos Garrard, cápsula magnética y dos bafles de tres altavoces, sólo por 22.900 pesetas. Facilidad hasta 20 meses. Cintas grabadas cuatro pistas estéreo. Cassettes virgen desde 75 pesetas. Cassettes grabados desde 180 pesetas. Discos estéreos desde 130 pesetas. Cajas conectores para auriculares. Cartuchos virgen de 40, 80, y 90 minutos. Grabadores de cartuchos estéreos 8 pistas. Cartuchos y cassette, limpiacabezas, con frasco líquido recambio Club del Disco. San Bernardo, 5 (pasaje).

TRASPASOS

JOYERIA céntrica, fundada en 1905, traspaso, sin empleados. Teléfono 222 56 04, de 5 a 7.

VARIOS

NECESITO socio capitalista. Teléfono 243 33 62.

VIAJES

AUTOS Menorca, siempre a su servicio. Menorca 37. 274 56 31.

N DE AS

Por Joan FUSTER

viuedad histórica admiten una coincidente receta de pildoras analgésicas o tranquilizantes: un fármaco, y no importa que sea el mismo. El intento menos espectacular, pero más firme de la «sociedad» contemporánea —«consume» o «socialice»—, se centra en la elisión del llanto. En el orden de las dolencias corporales, la anestesia en sus más diversas opciones sirve para evitar que lloremos. Hay más anestésicos que no proceden de la química: se aplican al amor, a la política, a la teología. O quizá no son analgésicos, sino una simple renuncia a la ansiedad, para bien o para mal. Los enamorados del momento, cuando les llega su ración de desengaño, no se desmelenan —lloran— tanto como en el juego Petrarca-Esproncada-Rimbaud.

Hoy se llora poco: casi nada. Al recién nacido, las consabidas palmaditas al culo le facilitan el lloro: los Santos Padres abusaron de la anécdota y lanzaron la especie de que venimos al mundo a través de un lloriqueo y que, en definitiva, el mundo no es más que un valle de lágrimas. Los vagidos del bebé no son llanto, sino respiración. Esto reconocido, el programa se afina con recursos médicos, primero, y pedagógicos, después. Se procura que las nuevas generaciones se críen sin llorar o sin llorar demasiado. El cachete doméstico, autoritario, el palmetazo escolar, admonitorio y educativo a la par, tienden a desaparecer. Papás y maestros, tiernamente confabulados, procuran que el nene no lllore... La industria del pañuelo tiene que haber sufrido una amarga retracción de la demanda: gracias a lo que pasa, antibióticos y pedagogías progresistas, los niños segregan menos mocos y menos lágrimas... En cuanto a las lágrimas, y en otro estadio de referencias, nos encontramos con los llamados «gases lacrimógenos», que sirven para hacer llorar contra natura. Son una novedad: las aflicciones derivadas del aparato punitivo público no han amainado, y la colaboración de estos «gases» las amplía. Pero, aun contando con ello, y con las «lágrimas de alegría» —¿abundan los alegrones que llegan a ese extremo?— y las siempre probables «lágrimas de cocodrilo», el saldo resultante sería el apuntado: que cada vez se llora menos.

Esta notoria retirada de la lágrima ha de influir de alguna manera en los trámites de la sociedad. No me atreveré a decir cómo. Ni sabría. Sea como fuere, es indiscutible que al descender el grado de humedad proporcionada por los ojos pasibles, el comportamiento del padrón municipal ha de ser «diferente». ¿Para bien o para mal? Ni para bien ni para mal: son los arrastres del «ir tirando». Personalmente, estoy en contra de la lloradera. Proceda de una muela infecta, de una crisis amorosa, de una ira social impotente, de una musiquilla nostálgica, de la muerte de un allegado, de lo que sea: da lo mismo. En términos objetivos, me alisto entre los enemigos declarados del «dolorismo», que diría el señor Pla i Casadevall. Y no es que postule la «aridez de corazón» —valga la fórmula—, con todo lo que de crueldad o de impavidez comporte la receta. El dolor sigue en pie: múltiple, tenebroso, voraz, el dolor está ahí, a la vuelta de la esquina, si es que ya no lo tenemos instalado en casa. Pero tampoco cuesta un gran esfuerzo el «racionalizarlo»: las cosas son como son, en cada instante y en cada sitio, y hay que asumirlas en su implacable figura. No con un fatalismo bobo: nada de eso. El dolor es el enemigo, y hay que combatirlo: con pildoras o con lo que convenga. Con la resignación incluso: con esa desacreditada salida de emergencia que es la resignación. Bien mirado, la Humanidad no ha hecho sino eso, a lo largo de milenios: corregir hasta donde pudo o puede la propuesta «ecológica» del valle de lágrimas. Aún queda mucho camino por recorrer. Y nunca faltará una ocasión para la lágrima, por mucho que se haga para desarraigarla.

CHILE: ANALISIS OBJETIVO DE LA TRAGEDIA

5 LOS ULTIMOS DIAS DE ALLENDE: INCOGNITAS PARA LA HISTORIA

Por Guillermo MEDINA

Los 1.052 días de gobierno de Salvador Allende abarcan tal vez uno de los periodos más intensos, rápidos y dramáticos de la historia de una nación. Desde la muerte del general Schneider, en octubre de 1970, al bombardeo y asalto de La Moneda, transcurre un periodo en que es posible palpar la aceleración del proceso histórico. El péndulo subía cada vez más rápido, hasta girar finalmente. Pero el péndulo sigue su propia ley y no vuelve al centro...

Los acontecimientos de Chile no son explicables más que siguiendo paso a paso la evolución de esos tres años, durante los cuales cambió completamente la imagen de Chile. Muchos europeos tienen grabada la instantánea de un país, una coalición política y un líder en septiembre de 1970, cuando se inició una experiencia inédita: la implantación del socialismo sin alterar la estructura constitucional de un sistema democrático liberal. Teóricamente, la experiencia aparece hoy desautorizada y como imposible por lo sucedido en Chile. Pero en la práctica permanece en cierto modo inédita en cuanto que la experiencia se desvió de su trayectoria inicial. Es muy posible que a la larga el camino se mostrara igualmente intransitable, pero la «vía socialista chilena» pudo haber llegado más lejos, demorar la hora crítica, si no hubiera cedido a los impulsos de extremas urgencias revolucionarias.

En el capítulo de hoy intentamos narrar el rápido deterioro de la situación en Chile durante los últimos cien días de gobierno de Allende. Se observa en los acontecimientos de ese periodo una fatal y creciente incapacidad de los hombres para dominar los acontecimientos. Esos tres meses son ya historia, pero no clarificada, y sobre ella correrán aún ríos de tinta que tratarán de localizar dónde estuvo el «punto de no retorno» hacia el enfrentamiento final.

dical, dejaba ver el predominio creciente, dentro de la U.P., de las tendencias más a la izquierda. El 26 de julio da comienzo una nueva ofensiva antiallendista de los gremios. El 9 de agosto, Allende forma un nuevo Gobierno, con participación de los comandantes en jefe de los tres Ejércitos y de Carabineros: generales Prats (Ejército), Ruiz (Aviación), Sepúlveda (Carabineros) y almirante Montero (Marina). Pero este Gobierno, último intento de colaboración entre Allende y las fuerzas armadas, fue desmoronándose en los días sucesivos. Primero dimitió el general Ruiz, y después, el 23 de agosto, el general Prats. Montero, otro «legalista», dimitió en tercer lugar, dejando abierto el ascenso a la Co-



Armas encontradas en la residencia privada de Salvador Allende, en Tomás More

El 15 de junio fue una jornada sangrienta en Santiago de Chile y la señal de partida para la espiral que habría de conducir al enfrentamiento final. Cien días en los cuales hubo más de 600 atentados terroristas. Durante aquella jornada, los mineros en huelga, apoyados por la oposición, intentaron manifestarse en las calles de la capital; encontraron, cerrándoles el paso hacia el palacio de La Moneda, grupos paramilitares de izquierda que hacían aparición pública y organizada por vez primera. Era la primera escaramuza, grave para la guerra civil, con un saldo de decenas de muertos y heridos.

No tardaron en llegar las respuestas de izquierda y de derecha. La primera, el 18 de junio, consistió en un violento discurso de Miguel Henríquez, dirigente del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (M.I.R.), pidiendo una «contraofensiva revolucionaria y popular». «El Parlamento y el

poder judicial —dijo— son trincheras del poder político de las clases dominantes contra el pueblo.» El líder del M.I.R. pedía la formación de un «poder popular» e invitaba a los partidarios de la U.P. a armarse rápidamente.

El discurso de Henríquez encontró amplio apoyo por parte de los socialistas, del MAPU y de la Izquierda Cristiana. El P.S. propuso a su vez crear un «poder revolucionario» para sustituir al poder político de la burguesía, expresado a través de las instituciones políticas del sistema actual. Quedaba planteada así, formal y públicamente, la exigencia de una parte de la Unidad Popular (U.P.) de romper con el orden constitucional vigente, al tiempo que se acentuaba el distanciamiento de aquel sector con respecto a la tesis oficial del P.C., partidario de «avanzar consolidando». Pero la estrategia comunista se vio impotente frente a la mirista-socialista, favore-

cida por la aceleración de la lucha política.

ALLENDE Y LOS GENERALES

La respuesta de derecha se produjo el 29 de junio, en forma de sublevación de una unidad de tanques mandada por el coronel Souper. El «tanazo» fue un movimiento de escasa importancia, pero sus consecuencias fueron trascendentales. La Unidad Popular se sintió fortalecida por el fracaso del «puscla» y cometió un doble error: estimar que las fuerzas armadas estaban divididas, lo que las incapacitaría para dar un golpe, y pensar que podría armar a sus seguidores «para la autodefensa», sin que ello diera lugar a una intervención militar.

El 5 de julio, Allende forma un nuevo Gobierno. La presencia en éste como ministro de Trabajo de Carlos Godoy, ex secretario general de la C.U.T. (Sindicatos) y partidario de una política más ra-

mandancia de la Marina al almirante Merino, un enemigo declarado de la Unidad Popular.

El 22 de agosto se había producido un hecho político de importancia: el Parlamento aprobaba un proyecto de acuerdo, a iniciativa de la Democracia Cristiana, en el que se acusaba al ejecutivo de «quebrantar gravemente la Constitución del Estado» y se invitaba a los jefes castrenses a «no avalar determinadas políticas partidistas». Era una insinuación a las fuerzas armadas para que rompieran cualquier relación de solidaridad con el régimen de Allende.

En el Gobierno que se formó el 28 de agosto, último antes del golpe militar, había sólo tres generales, a título individual y sin ninguna capacidad de inclinar la balanza a favor de los «legalistas». Para entonces se estima que 26 de los 31 generales con

(Pasa a la pág. siguiente.)

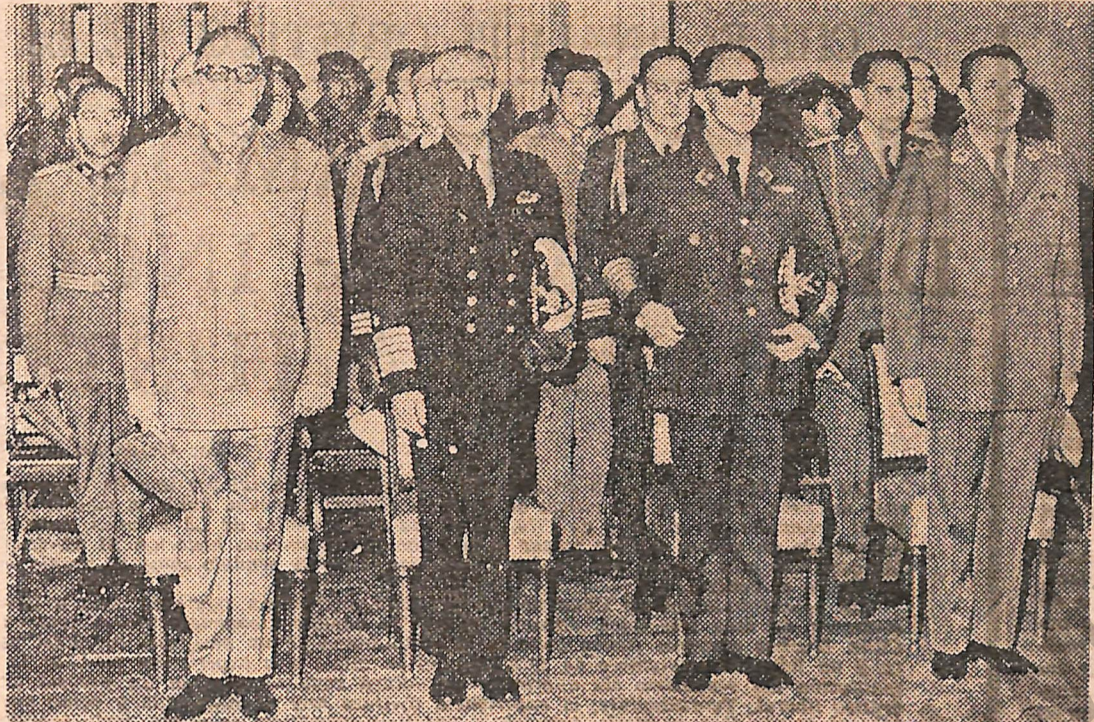
(Viene de la pág. anterior.)

mando estaban a favor de la intervención.

LA ULTIMA OPORTUNIDAD

La tensión política había llegado al máximo, pero aún se haría un último intento de evitar el enfrentamiento. El nuevo ministro del Interior, Carlos Briones, un socialista moderado, defensor del Estado de Derecho, acusado de blando por su propio partido, se apresuró a hacer un gesto apaciguador «Estamos dispuestos —dijo— a restaurar el espíritu democrático chileno, el respeto mutuo y un proceso ordenado.» La respuesta de la D.C. a esta propuesta de negociación fue firme y seca: «El diálogo es imposible mientras el Gobierno no restituya las garantías constitucionales.»

La D.C. exigía «rectificaciones profundas». Pedía que Allende promulgara la ley aprobada por el Parlamento y que definía las áreas estatal, social y privada de la economía; que se promulgara igualmente la «reforma Moreno» (parlamentario de la D.C.), que suponía la entrega de la propiedad de la tierra a los campesinos que la cultivan; la renuncia a todo «poder paralelo» y, sobre todo, la participación real y



El nuevo Gobierno, tras el golpe militar del 11 de septiembre, que acabó con el régimen de Salvador Allende. El primero por la izquierda es el general Pinochet, actual Presidente de la República chilena.

efectiva de las fuerzas armadas como tales en el gobierno del país.

Pero el intento de diálogo parecía condenado de antemano al fracaso. Las dos partes

desconfiaban mutuamente. Los socialistas se opusieron a cualquier clase de acuerdo con la D. C., y los democristianos manifestaron que Allende sólo quería ganar tiempo. La realidad es que para entonces Salvador Allende había perdido el control de la situación. A sus pies tomaba consistencia un auténtico «poder paralelo» que Allende no podía, no quería o no sabía controlar. La oposición desconfiaba de sus intenciones y sus partidarios desoían los llamamientos a la moderación.

A primeros de septiembre se produjo una repentina distensión. La última esperanza. Eduardo Frei dijo que en caso de guerra civil la D. C. lucharía junto a la legalidad y el orden constituido. Renán Fuentealba, otro líder D. C., dirigió una carta de reconocimiento al «legalista» Carlos Prats y pidió concordia. El cardenal Silva lanzó un llamamiento al diálogo. El día 1 de septiembre los transportistas llegaron a un acuerdo de principio con el Gobierno. El día 2, Radomiro Tomic, principal dirigente del sector izquierdista de la D. C., propuso un «consejo» entre su partido y el Gobierno. «Pedir al Gobierno de Salvador Allende que busque el consejo de la mayoría del Congreso —dijo— es una exigencia legítima y razonable. Pero para que dicha exigencia tenga fundamento ético y sentido político, es indispensable que el Congreso (de mayoría opositora), a su vez, reconozca la obligación de no negar al Gobierno los medios para gobernar y de no exigirle que contradiga lo esencial del programa con que Allende fue elegido por el pueblo chileno.»

INCOGNITAS DE ULTIMA HORA

Pero las palabras de Tomic no correspondían ya al contexto de la situación. Mientras los diarios las publicaban, arremecía la escalada terrorista y los gremios anunciaban una nueva ofensiva «total y definitiva hasta que Allende dimita». El día 4, tercer aniversario de las elecciones presidenciales, 600.000 partidarios de la U. P. se concentran en Santiago en medio de rumores de guerra civil. Allende pronuncia un discurso en el que intenta tranquilizar a las Fuerzas Armadas y a la oposición sin parecer condescendiente a sus partidarios.

Imposible equilibrio. El día 9, dos días antes del golpe, Carlos Altamirano, secretario general del Partido Socialista, líder indiscutido de las tendencias revolucionarias en el seno de la U. P., lanza un alegato de extrema virulen-

cia. En medio de gritos de «No a la negociación», «avanzar sin transigir», «Patria o muerte», el senador Altamirano, jefe del principal partido de la U. P., invita a los soldados y marineros a sublevarse contra «los oficiales no leales». Era la última gota antes del golpe.

A última hora, la D. C. intenta un «golpe blando». Pide la renuncia del Congreso y del Presidente y la convocatoria de elecciones generales bajo garantía de las Fuerzas Armadas. Una propuesta que conducía al triunfo electoral de la oposición y al fin de la experiencia de Allende sin ruptura formal del orden democrático. Y cuya aceptación equivalía de hecho a la renuncia de Allende.

Y aquí aparece una de las grandes incógnitas que el futuro deberá desvelar, y entra en juego el propio carácter del personaje Salvador Allende. El golpe se precipita y se produce el día 11, después de aquella propuesta de «golpe blando», antes que Allende hubiera emitido su respuesta. ¿Iba a anunciar Salvador Allende el jueves día 13 un plebiscito que seguramente hubiera perdido? El rumor, en unas circunstancias que invitan a moverse con extrema cautela, así lo dice. ¿Buscaba Allende una especie de «salida a lo De Gaulle» que haría recaer sobre el electorado, a través de un plebiscito, la responsabilidad de su cese?

LA IMAGEN HISTORICA

Es difícil ahora dar respuesta a estas interrogantes. Lo cierto es que en el momento de caer, Allende parecía fatalmente encaminado hacia un fin trágico. Desde que la Unión Popular perdió las elecciones parlamentarias de marzo. El triunfo electoral, en el que tantas esperanzas había depositado el Presidente depuesto, habría permitido una revolución sin ruptura formal con la Constitución; pero la derrota condujo al callejón sin salida del conflicto

entre revolución y legalidad. Allende tuvo que escoger entre quienes optaban por forzar la legalidad constitucional, y el pacto con la D. C., que le daría suficiente base parlamentaria a cambio de que los objetivos revolucionarios no traspasaran el contenido del programa inicial de la U. P. Esta última opción le habría permitido progresar y consolidar las reformas, terminar su mandato; pero habría sido acusado de traidor por sus partidarios más extremos y posiblemente, tras las elecciones de septiembre de 1976, se habría visto en la necesidad constitucional de entregar la banda presidencial a Eduardo Frei...

Puede ser que Allende estuviera preocupado por la legalidad y las formas más de lo que afirman sus enemigos. Puede ser que percibiera que para el MIR él era sólo una etapa intermedia, el símbolo de una legalidad y un sistema que se quería sustituir por un «poder popular» que no buscaba su legitimación en las urnas, sino en la acción revolucionaria. El ímpetu revolucionario que Salvador Allende había contribuido a desencadenar habría terminado por arrastrar a quien tenía el origen de su legitimación en unas «elecciones burguesas».

Al final no se sabía bien si Salvador Allende era el líder de una revolución o un político arrastrado por una minoría con conciencia revolucionaria. Desde luego, vivía preocupado por el juicio histórico; no quería traicionar su propia imagen. En las últimas semanas repetía a sus amigos y visitantes que él no se suicidaría. Al final rechazó el avión que los jefes militares ponían a su disposición para alejarlo del país. Prefirió el fin —cómo murió es secundario respecto a la decisión de morir— que mejor calzaba con su papel de protagonista histórico.

(Los anteriores artículos de esta serie se publicaron los días 2, 4, 6 y 9.)

SU TRABAJO, MEJOR PAGADO

Cualquiera que sea su trabajo actual o el que planea realizar, será mejor pagado consiguiendo el título de GRADUADO ESCOLAR, equivalente a Bachiller Elemental



En un solo

Examen en Mayo de 1974

Sin límite de edad ni estudios previos.

Sin abandonar sus ocupaciones, siguiendo el curso a distancia por correspondencia del Centro de Estudios Académicos, método y profesorado autorizados por el Ministerio de Educación y Ciencia.

Escriba urgentemente, mandando o copiando este cupón o llamando por teléfono a:

CENTRO DE ESTUDIOS ACADÉMICOS

Tímoteo Domingo, 39. Apartado 4.104. -Telf. 267 57 16. Madrid-17

(autorizado por el Ministerio de Educación y Ciencia, miembro del E.H.S.C., Consejo Europeo de Estudios a Distancia)

desde donde recibirá todos los detalles del curso y las ventajas del título (carrera, oposiciones, etc.).

Deseo recibir, GRATIS y sin compromiso, información sobre el título de graduado escolar a distancia por correspondencia.

Don
Calle Núm.
Localidad Provincia

(-11-43)

Excma. Diputación Provincial de Zaragoza

SECRETARIA GENERAL

Referencia 122

El «Boletín Oficial del Estado» número 232, de fecha 27 de septiembre de 1973, publica anuncio relativo a la licitación para contratar, mediante subasta, las obras de reparación de la iglesia del Hogar Doz, de Tarazona.

Lo que se reitera para general conocimiento, puntualizando que el plazo de presentación de proposiciones terminará el día 23 de octubre de 1973, a las trece horas, y que el acto de apertura de pliegos se efectuará el día 24 del mismo mes, a las doce horas, en el salón de sesiones del Palacio Provincial.

Zaragoza, 2 octubre 1973.—El presidente.

CHILE: ANALISIS OBJETIVO DE UNA TRAGEDIA

Fue posible una revolución pacífica y democrática

Por Guillermo MEDINA

CAPITULO VI

DIAS atrás un amigo de hace tiempo me llamó al hotel donde residía en Santiago de Chile. Me advertía que dejara libre aquella mañana y que él pasaría a recogerme en cualquier momento para ir a conversar «a alguna parte». Dos horas después me encontraba en el interior de un coche viajando por barrios periféricos para mí desconocidos, hasta llegar a un pequeño bar casi desierto. Allí tuve una conversación inolvidable con un hombre que arriesgó su libertad para llegar hasta allí. Me pidió que no publicara su nombre, pero sí puedo decir que mi interlocutor era —y seguía siéndolo en la clandestinidad— el responsable máximo del partido comunista de Chile en materia de medios de comunicación. Como de unos cuarenta años, ingeniero de telecomunicaciones, alto, con la apariencia de un ejecutivo en día de sueto, aquel hombre, buscado por los militares y en peligro de ser detenido, procesado y condenado con rigor, me pareció sin duda uno de los más inteligentes, realistas y con capacidad de crítica y de análisis que encontré en Chile.

ENTRE ERRORES Y DIVERGENCIAS

Aquel miembro destacado del Comité central del P. C. Ch. me dijo cosas que podrían extrañar a quienes no conozcan la trayectoria de la Unidad Popular, las características del P. C. Ch. y el papel jugado por éste durante la experiencia presidida por Salvador Allende. Estas fueron sus palabras de respuestas a unas preguntas que elimino ahora para mayor concisión:

«El gran problema de la Unidad Popular fue la divergencia socialista-comunista. Teóricamente existía unidad de objetivos, pero obstaculizada en la práctica por la tendencia del partido socialista a sobrepasar los objetivos del programa de la Unidad Popular, que estaba basado en una alianza de clases.»

«Al principio, la correlación de fuerzas nos fue propicia, pero se fue perdiendo. La correlación no era favorable, ciertamente, en términos electorales, pero sí en términos de clase, porque contábamos con el apoyo de la pequeña y media burguesía. La causa de que fuéramos perdiendo ese apoyo se debió a que los errores de ultra-izquierda se pusieron en práctica desde el propio Gobierno. Citaré los tres principales: 1.º Infravaloración de la proyección internacional del caso chileno. 2.º Incapacidad orgánica para rectificar cuestiones obvias. 3.º Con el fin de lograr rápidos apoyos populares se cometieron excesos económicos.»

«En mayo de 1971, un pleno del P. C. señaló la necesidad de rectificar la trayectoria del proceso y no separar las cuestiones económicas de las políticas; esto último chocaba con la conducta del M. I. R. (Movimiento de Izquierda Revolucionaria), que se equivocaba al no dar importancia a las cuestiones económicas, cuando, a nuestro juicio, no correspondía en esa etapa de Gobierno prescindir de las exigencias económicas. Allende, por su parte, mantenía un equilibrio entre las dos tesis. En lo táctico concordaba con la tesis socialista, y en lo estratégico, con el P. C.»

«Nuestro error (de la U. P.) entonces fue caer en una errónea política económica, de la que Vuskovic fue simplemente el ejecutor. Un poco fuimos inducidos a cometer estos errores por el imperialismo y la oposición interna. Calmos en el juego y cometimos el error de dar unos reajustes salariales excesivos. Cuando quisimos rectificar la política inflacionista y de cambios ilimitados, propusimos actuar en función de cumplir, ni más ni menos, el programa de la Unidad Popular. Pero tropezamos con el partido socialista, con el que es muy difícil ponerse de acuerdo, sobre todo en cuestiones económicas, por la diversidad de tendencias que hay dentro de él.»

DE 1970 A 1973

Las palabras del dirigente comunista chileno ahorran muchas líneas a este trabajo de análisis. Apuntan a «errores» que componen lo que no dudo en llamar la degeneración de la experiencia socialista chilena. Al principio, suavemente, con la puerta abierta a la rectificación que los comunistas eran casi los únicos en reclamar dentro de la Unidad Popular, aunque con la limitación del temor a ser rebasados por la izquierda (socialistas, M.A.P.U. y M.I.R.). Después, de una manera acelerada, hasta llegar a una situación en que la última decisión quedaba en manos de la fuerza.

Debemos recordar lo que significaba la «vía chilena al socialismo» en palabras del propio Allende al subir al Poder: «Los cambios de orden político, económico y social tendrán lugar en el más estricto respeto de la Constitución.» Y en lo que terminó este propósito: «Estamos estudiando —dijo el 10 de julio de 1972— la elaboración de una nue-



Los dos políticos más representativos de las dos líneas en conflicto dentro de la Unidad Popular: Luis Corvalán, secretario del P.C., partidario de una etapa interclasista y del diálogo con la D.C., y Carlos Altamirano, secretario del P.S., jefe de la corriente más a la izquierda

La «vía chilena» se había desviado de los objetivos y métodos iniciales

va Constitución que rija y ordene el funcionamiento de nuestra sociedad en el período de transición al socialismo.» Debemos comprar el pacto de garantías constitucionales firmado por Allende a cambio de los votos demócratas cristianos en el Congreso, y la afirmación hecha a Regis Debray, poco después, de que aquel acto obedecía a conveniencias tácticas. El propósito inicial —al que se refieren las frases antes escritas del miembro del Comité central del P. C.— de practicar una política interclasista con el objeto de cumplir con el programa de la Unidad Popular, y lo que terminó siendo la versión oficial de los teóricos de la izquierda chilena: «La expresión de una mayoría favorable a una clase sólo puede darse en el marco institucional creado por esa clase.»

LA «UTOPIA OPTIMISTA»

Al subir al Poder, Allende aparecía como el líder de una experiencia de socialismo en libertad y democracia, respaldada por la mayoría. Al ser derrocado, la Unidad Popular reclamaba su reconocimiento como «dirección política de todo el pueblo; no ocultaba su vocación de partido único y de clase; proponía tesis maximalistas bien diferentes a las que le llevaron al Gobierno y que, por cierto, he encontrado admirablemente expresadas en un artículo que contiene el último número de la revista «Cuadernos para el Diálogo»:

«En el desarrollo del proceso surge un instante crucial en el que es inevitable el enfrentamiento de la violencia revolucionaria con la violencia reaccionaria nacional y la violencia imperialista. De una forma más tajante: la vía pacífica al socialismo, hasta ahora, es una utopía optimista; en cuanto tal, no hay que renunciar teóricamente a ella; pero en la práctica socialista revolucionaria, la fase de diálogo con las fuerzas burguesas es cada vez más breve. Quizá pueda parecer una afirmación dogmática, pero la construcción del socialismo, hasta llegar a la realización de una sociedad sin clases, pasa por la etapa de dictadura del proletariado.»

Dictadura del proletariado. No era este el objetivo de Salvador Allende al subir al Poder. Releamos lo que me dijo aquel dirigente comunista ya citado. El autor de esta serie de artículos ha pretendido estar alejado de las conclusiones de valor personales, pero no duda en formular una negación y una afirmación fundamentales que le parecen demostrables. Primero; niego que en el momento de ser derribado violenta e implacablemente, el régimen allendista fuera una experiencia de socialismo democrático, como propusieron sus líderes en los comienzos. Y en segundo lugar: Allende pudo practicar una política de cambios estructu-

rales y reformas profundas dentro del marco institucional y con el apoyo de más de la mitad de la población. Lo afirmo sin dudar. Como el general Prats cuando hablaba de «ese 75 por 100 de la oposición que está por los cambios...»

La U. P. no contaba con mayoría electoral en el momento de elegir a Allende. Pero esto no imposibilitaba una política de socialismo democrático. Allende pudo adquirir una mayoría de gobierno, es decir, ampliar su base política, incorporar a sectores que no le votaron, pero que estaban dispuestos a cooperar en una experiencia de socialización democrática. A partir de ahí podríamos haber asistido al desarrollo de una experiencia inédita y apasionante, legitimada auténticamente por el respaldo de una mayoría de la nación.

EL CAMBIO FUE POSIBLE

Chile era un país maduro para una revolución pacífica y democrática que alcanzara una democracia económica fundamental conservando la esencia liberal de su estructura institucional. Por supuesto que el intento no era fácil, que tropezaría con enemigos acérrimos dentro y fuera del país, que la situación económica heredada ofrecía puntos negativos. Pero las dificultades eran salvables en este país tradicionalmente orientado a la izquierda.

La derecha —que en Chile no es identificable con la reacción— estaba en retirada tras las elecciones de 1970. El Ejército apoyaba la experiencia. Washington habría suavizado su actitud a cambio de una indemnización simbólica que salvara el principio. Entre la masa de opositores electorales había una mayoría de empleados, profesionales, pequeños comerciantes, campesinos e industriales, transportistas, funcionarios, etc., dispuestos a apoyar una política de cambios sociales que condujera a eliminar diferencias de riqueza irritantes y eliminar la miseria de una población marginada.

Pero unos dirigentes, cuando menos apresurados, decidieron, antes de agotar la vía del socialismo democrático, que no había más camino para las transformaciones que el de la violencia revolucionaria, los poderes paralelos, la sustitución de los poderes institucionales existentes —«legalidad burguesa»— por una legalidad revolucionaria; en fin, la vía de la dictadura del proletariado. Aquellos concluyeron que para liberar la clase trabajadora había que eliminar al resto, olvidando que ese resto, más de la mitad de la población, no era identificable precisamente con los «explotadores». No. A un lado no estaba el «pueblo» (los electores de la U. P.) y al otro la «reacción». Esto fue una simplificación

(Pasa a la página siguiente.)

CHILE: ANALISIS OBJETIVO DE UNA TRAGEDIA

(Viene de la pág. anterior.)

perniciosa importante de la extrema izquierda chilena. ¿Habría que recordar que la nacionalización del cobre, que fue calificada en su día por Fidel Castro como una «medida altísima revolucionaria», fue aprobada por el Congreso con los votos a favor del Partido Nacional y de la Democracia Cristiana?

IMPONERSE POR LAS ARMAS

Echar la culpa del fracaso de Allende a «la reacción» es una afirmación incompleta. Ciertamente, había quienes, hiciera lo que hiciera Allende, le hostigarían de todos modos. Pero el socialismo democrático nada tiene que ver con una política económica irresponsable que «elevaba» el nivel de vida de los trabajadores dándoles más dinero que cada día valía menos. La deformación del camino trazado inicialmente condujo a envenenar las relaciones entre los chilenos, a volcar, del lado de una oposición sin alternativas fuera de la fuerza, a muchos de aquellos que pudieron haber apoyado la vía democrática del socialismo.

Al final, unos líderes irresponsables plantearon una dialéctica de las armas que expuso a sus seguidores a la represión implacable de quienes más armas tenían y mejor sabían usarlas. El día del golpe y los inmediatamente siguientes, centenares de obreros de los cordones industriales de Santiago y de Valparaíso se hicieron masacrar, en una inútil y suicida resistencia, al seguir a unos líderes que les habían asegurado que la clase obrera se impondría por las armas.

Se puede no justificar una intervención militar que pone fin a un sistema institucional dado. Aún más: las explicaciones que pueden caber sobre la decisión de las fuerzas armadas chilenas de intervenir, no justifican todos los actos posteriores del nuevo régimen. Pero aquella intervención venía inducida por dos hechos previos: la división del país en dos partes irreconciliables, sin que se pueda considerar a los militares entre los más responsables de ese hecho; en segundo lugar, el que se confiara la última palabra a las armas. Esto se sabía. El sector izquierda de la U. P., además, como el sector golpista de la oposición, había buscado que el proceso desembocara en una confrontación por la fuerza.

¿POR QUE «CAMBIARON» LOS MILITARES?

La propia evolución de las Fuerzas Armadas en Chile ejemplifica la evolución del país. En el informe elaborado por el Mapu con fecha 12 de febrero de 1973, se decía que «el carácter de fuerza de centro de las FF. AA. impide que pueda imponerse la reacción golpista» y que «el intento (de la derecha golpista) de derribar al Gobierno por iniciativa propia sólo consigue poner a las Fuerzas Armadas en contra de aquélla, porque están (las FF. AA.) por impedir las acciones extremistas». Esto decían, a ocho meses del golpe militar, quienes no se caracterizaban por su simpatía hacia las Fuerzas Armadas.

¿Por qué entonces cambiaron de actitud aquellos militares que habían participado en varios Gobiernos de Allende y que incluso el 29 de junio reprimieron un intento de golpe de Estado de un regimiento de tanques? Formulé esta pregunta a mi interlocutor, miembro del C. C. del P. C. C. H., y esta fue su explicación: «Lo del tanquetazo fue un verdadero intento de golpe que falló porque no había unanimidad en las FF. AA. Los golpistas eran una minoría al principio, pero las Fuerzas Armadas decidieron actuar cuando se rompió la correlación de fuerzas, cuando la clase obrera quedó aislada y las clases medias se pasaron enfrente.»

La radicalización de las posturas políticas y la imposibilidad de un acuerdo final entre los sectores moderados de la U. P. y de la oposición determinaron el cambio de posición de los militares. Para entonces se había creado una situación que el propio informe del M. A. P. U. —por remitirnos a una fuente no sospechosa a los ojos de la izquierda— describe así: «A lo largo de los dos años del Gobierno U. P., la lucha de clases se ha ido agudizando, la nación se ha ido polarizando en bandos antagónicos y las fuerzas de centro —o sea: el reformismo, el centrismo y las Fuerzas Armadas— han sido puestas, a raíz de ello, en una situación de extrema tensión.» Cuando se quebró el centro político, es decir, a la opción que los militares hubieran apoyado sin reservas, y al adquirir el proceso cada vez más el carácter de lucha de clases, los oficiales quedaron automáticamente situados social y políticamente frente a la U. P.

GUERRA CIVIL FRIA

Ya antes de la intervención del día 11, las Fuerzas Armadas se habían convertido en eje de la vida política chilena: como aval y garantes de un acuerdo político que evitara la guerra civil o bien, si este acuerdo no se producía, decidiendo la lucha en un sentido o en otro. Esto último dependía de que las Fuerzas Armadas actuaran unidas o bien se dividieran ellas mismas de acuerdo con la polarización del país. El carácter plenamente clasista de esa polarización del país alineó finalmente a los oficiales, ellos mismos, pertenecientes a la pequeña y media burguesía, con la posición anti-Allendista.

El curso de los acontecimientos posteriores viene a demostrar, sin embargo, que los militares, al situarse contra Allende, no se identificaron con la posición política de la oposición civil, sino que llenaron por completo el vacío político. No corresponde al periodista justificar o condenar el «movimiento militar». Pero todo el país emplazaba a los militares para intervenir. Llegaron a ser odiados e insultados «por su pasividad». Tacha-

dos de «gallinas» y rociadas con maíz las puertas de sus casas y cuarteles. Por el otro lado se invitaba a los soldados y suboficiales a descubrir y liquidar a los oficiales no leales a la U. P.; se proponía una «democratización de las FF. AA.», consistente en la elección de los superiores por los subordinados; y la sustitución paulatina del «Ejército tradicional» por un «Ejército popular». Se resistieron a intervenir porque temían hacerlo divididos y arrastrar al país a una larga y sangrienta lucha civil. Pero cuando se decidieron, Chile había entrado ya en lo que alguien ha llamado «la guerra civil fría». Lo terrible fue que no había neutrales. Todos optaban, a veces, dentro de una misma familia, por bandos diferentes. Hasta la masonería chilena se quebró por dentro, rompiendo una larga tradición de fraternidad interna, entre dos tercios antimarxistas y un tercio partidario de Allende. En el primer grupo, la gran mayoría de los generales masones; en el segundo, el general Prats y unos pocos oficiales de Carabineros.

PROBLEMA DE CREDIBILIDAD

El 1 de mayo de 1971 dijo Salvador Allende: «Quiero fortificar el movimiento popular con la aportación de todos los sindicatos y todos los partidos que están a favor de las transformaciones.» La frase iba dirigida al Congreso del P. D. C., que



Miguel Henríquez, secretario general del Movimiento de Izquierda Revolucionaria. El M.I.R. apoyó desde fuera las tendencias más radicales dentro de la Unidad Popular

tendría lugar días más tarde. La respuesta democrática cristiana fue el reconocimiento expreso de «la posibilidad de acuerdos con el Gobierno de la Unidad Popular sobre objetivos determinados». Se trataba de la oportunidad más seria de llegar a un pacto D. C.-U. P. en torno a un programa concreto que duraría hasta 1976. Fracaso. El 8 de junio caía asesinado Edmundo Pérez Zujovic, vicepresidente con Frei y uno de los líderes de la corriente «freista» del P. D. C. A partir de ahí sobrevienen una serie de acontecimientos que harían naufragar las posibilidades de acuerdo y conducirían al predominio de la tendencia Frei —alternativa de oposición a la U. P.— sobre la tendencia «colaboracionista» de Tomić, que se plegó a aquélla.

Lo que determinó el predominio de la corriente freista dentro del P. D. C. no fue la política de reformas del Gobierno de Allende, sino un problema de credibilidad en la autenticidad democrática de la Unidad Popular. Muchos demócratas cristianos coincidían entonces con esta frase de Hugh Thomas («The Times» 2 de julio de 1971): «Lo realmente sorprendente, lo que colocaría a Allende entre los inmortales a los que aspira a unirse, sería que un Gobierno marxista se arriesgara a perder el Poder a través de estos mismos procedimientos» (electorales).

Por otra parte, surgieron sospechas de que la «vía político-institucional» del modelo socialista chileno pudiera conducir a destruir el Estado usando para ello la legalidad y la institucionalidad vigentes. Se trataba, en frase de uno de los ideólogos de la experiencia socialista, de que «la oposición quede cazada en sus propias creencias y en su apego y respeto a las instituciones de la democracia formal».

LOS «RESQUICIOS LEGALES»

Los mecanismos que encontró la U. P. para intentar el vuelco del sistema sin ruptura institucional fueron tres principalmente:

Primero. Un decreto promulgado hacía treinta años por un fugaz Gobierno de facto que permanecía olvidado y nadie se había molestado en derogar. El «hallazgo», realizado por Eduardo No-

voa, amigo de Allende y asesor jurídico de la Unión Popular, permitió al Gobierno nombrar interventores en las empresas cuando surgía un conflicto laboral y los trabajadores no llegaban a un acuerdo con la Dirección. Mediante este procedimiento, la U. P. tomó el control de numerosas empresas, pues bastaba una huelga para intervenir aquéllas.

Segundo. La Contraloría General de la República quedaba de hecho neutralizada gracias a los «decretos de insistencia», aquéllos que llevaban la firma de todos los ministros y con los cuales el Ejecutivo —el único Poder controlado por la Unión Popular— resolvía a su favor las diferencias que surgían entre él y la Contraloría.

Tercero. El conflicto constante entre el Ejecutivo y el Poder Judicial lo resolvió en la práctica el Gobierno de Allende mediante la posibilidad dada a las autoridades gubernativas provinciales de privar, «por razones de interés u orden público», de fuerza coercitiva a las sentencias de los Tribunales. Si un juez decretaba la devolución de una empresa a sus propietarios, por ejemplo, la resolución podía quedar incumplida en la práctica por la no disponibilidad de fuerza pública. Mediante este mecanismo, en el momento de caer Allende había más de ocho mil resoluciones judiciales sin cumplir en todo el país.

Todos esos mecanismos se comprendían en lo que se llamó «resquicios legales» en favor del Poder Ejecutivo. El conflicto con el Congreso fue más complejo y delicado. «El Jefe del Estado, mediante el mecanismo de la urgencia en la tramitación de sus iniciativas, puede postergar casi indefinidamente la discusión parlamentaria de los proyectos de ley de la oposición. Y además tiene el recurso de los vetos, particularmente el supresivo, que requieren los dos tercios de los parlamentarios para ser desestimados (Joan Garcés, «Revolución, Congreso y Constitución», 1970). Gracias a todos esos reovecos legales, el teórico de «la vía chilena», autor de la cita anterior, pudo escribir que «Locke y Montesquieu estaban posibilitando que Marx continuara su progreso». Y Eduardo Novoa podía escribir en febrero de 1971, tres meses después de asumir Allende la Presidencia, que éste había «podido poner en práctica importantes puntos programáticos de la Unidad Popular... (sin que hubiera) promulgado ninguna ley que alterara en medida apreciable el sistema legal existente en Chile... (y sin que) tampoco puedan hacerse imputaciones valideras de que este Gobierno haya conculcado la legalidad con sus medidas económico-sociales».

LA CONSTITUCION COMO ARMA

La teoría de los «resquicios legales» permitió progresar rápidamente a la Unidad Popular sin violación formal de la Constitución, pero en lo que tenía de subterfugio condujo a que la oposición, a su vez, empleara todos los recursos legales posibles para hostigar al Gobierno e impedir aquellos «resquicios legales». La pelea institucional resultó a la larga perjudicial para la U. P. y, sobre todo, dio lugar a que se ahondara el foso entre el Ejecutivo, reductor de la U. P., y el resto de las instituciones del Estado. Así, la teoría de los resquicios resultó ser inhábil, máxime cuando gran parte de lo conseguido por la U. P. gracias a esta tesis pudo haberse obtenido mediante procedimientos más «clásicos y ortodoxos», es decir, mediante una votación parlamentaria precedida por negociaciones con el sector progresivo de la oposición.

En efecto, por el camino de los «resquicios» de la «vía chilena» no tardó en verse agotada y en callejón sin salida a causa de la contraofensiva institucional de la oposición. La Constitución, en vez de servir de marco de diálogo y negociación entre la U. P. y otras fuerzas políticas, terminó por ser arma contundente de cada parte contra la otra. Esta batalla la ganó la oposición, pero la comenzó la U. P. El primer «revés institucional» lo sufrió ésta cuando la D. C. acusó constitucionalmente al ministro del Interior, José Tola, en diciembre de 1971.

El episodio principal de la «batalla institucional» se centró en la Reforma Constitucional Hamilton-Fuentealba (la composición de este tándem indicaba que los sectores freistas y de izquierda de la D. C. la apoyaban). La reforma tenía por objeto fijar las áreas estatal, social y privada de la economía, y equivalía en la práctica a poner fin a los «resquicios legales» utilizados por la U. P. La reforma fue aprobada por mayoría absoluta (mitad más uno) de las dos Cámaras, pero Allende se negó a promulgarla por interpretar que era necesaria una mayoría de dos tercios (que la oposición no alcanzaba a obtener), y tampoco convocó un plebiscito para dilucidar el conflicto.

El forcejeo entre el Ejecutivo y los demás Poderes del Estado acaparaba la atención en las semanas antes del pronunciamiento militar. Las negociaciones entre la D. C. y Allende, ya en medio de rumores de guerra civil, comprendían el tema de la reforma como uno de los esenciales. La D. C. exigía la promulgación de la reforma a cambio de que en adelante cualquier iniciativa semejante requiriera los dos tercios del Congreso. Aquel día, 11 de septiembre, podía leerse en «El Mercurio», bajo la firma de Genaro Arriagada: «Desafortunadamente para la "vía chilena", sus apreciaciones (de que el Tribunal Constitucional daría la razón a la tesis de Allende requiriendo dos tercios del Congreso) resultaron equivocadas y, en definitiva, la institucionalidad —el Congreso, el Tribunal Constitucional y la Contraloría— puso al Gobierno en la disyuntiva de aceptar la interpretación del Congreso en materia de reforma de la Constitución (mayoría absoluta, más plebiscito si el Presidente no estaba de acuerdo) o ponerse fuera de la Constitución. Claramente, Locke y Montesquieu habían dejado de trabajar para el viejo Carlos Marx.»

(Los anteriores artículos de esta serie se publicaron los días 2, 4, 6, 9 y 11.)